

VIVIR LA COMUNIDAD IMAGINADA. NACIONALISMO ESPAÑOL E IDENTIDADES EN LA ESPAÑA DE LA RESTAURACIÓN

*To live the imagined community. Spanish nationalism
and identities in the Spanish Restoration*

Ferrán ARCHILÉS*
Universidad de Valencia

Fecha de aceptación de originales: noviembre de 2008
Biblid. [0212-0267 (2008) 27; 57-85]

RESUMEN: Este trabajo trata de ofrecer una nueva interpretación del proceso de construcción de la nación en España en el periodo del fin de siglo. En contraste con la mayoría de los estudios dedicados a esta cuestión que desarrollan el papel jugado (y/o sus fracasos) por el Estado, en este artículo se ofrece una visión «desde abajo», abierta a las perspectivas de la nueva historia social y cultural. Al explorar el concepto de «nacionalismo banal» teorizado por Michael Billig, y mediante un conjunto de ejemplos seleccionados (relacionados con las políticas de la memoria y el sistema educativo), se ofrece un análisis de cómo fue vivida y experimentada la comunidad imaginada por los individuos.

PALABRAS CLAVE: Nacionalismo banal, identidad nacional española, España de la Restauración.

ABSTRACT: This contribution seeks to offer a new interpretation of the Spanish nation-building process in the fin-de-siècle period. In contrast with most of the studies dedicated to this topic that develop the social role (and/or failures) of the Spanish State, in this article is offered a view from below, opened to the new social and cultural history. Exploring the concept of «Banal nationalism» theorised by Michel Billig, and thorough a lot of selected examples (related to the politics of memory and education system), is offered here an analysis of how the imagined community was lived and experienced by the national subjects.

KEY WORDS: Banal nationalism, Spanish national identity, Spain in the Restoration period.

* El autor participa en el proyecto HUM2005 5-03741 del MEC.

EL IMPACTO DE LA FÓRMULA ACUÑADA POR BENEDICT ANDERSON, que define la nación como una comunidad imaginada (y más específicamente de esta comunidad como un «artefacto cultural»), ha sido sencillamente inmenso. Especialmente a la hora de destacar la importancia de los «imaginarios» nacionales como un elemento decisivo para entender la naturaleza de la construcción identitaria nacional¹. Otra cosa es hasta qué punto se han desarrollado algunas de las más interesantes implicaciones que podía conllevar. Sin duda, su aceptación (lo cual explica buena parte de su recepción, a veces un tanto acrítica en los *Cultural Studies*) ha supuesto una completa revolución a la hora de plantear el análisis del discurso que articula el lenguaje nacionalista. Frecuentemente, sin embargo, una vez trazada esta cartografía, se tiende a dar por supuesto su efecto a la hora de construir las identidades colectivas, como si la traslación entre el enunciado del discurso (y por tanto la plasmación de un imaginario) hasta la interiorización de las identidades nacionales fuese automática.

En realidad, todavía estamos muy lejos de disponer de una historia social de las identidades nacionales, esto es, de un análisis de la construcción de las identidades nacionales y de la interiorización de las mismas por parte de los sujetos. ¿Cómo se articulan las experiencias culturales que conforman la idea de la comunidad imaginada como propia? Es en este sentido que planteamos la necesidad del estudio de las maneras como se «vivió», esto es, como se experimentó la identidad nacional, el sentido de pertenencia y participación en la comunidad.

En otro lugar planteamos la posibilidad de intentar definir unas «experiencias de nación», y más específicamente en relación con los debates historiográficos (y no historiográficos) en torno a la «nacionalización» de las masas². Lo cierto es que en la mayoría de trabajos realizados en este sentido, se ha insistido casi de manera exclusiva en la función del Estado a la hora de fomentar y difundir los discursos del nacionalismo³. Sería a partir de ahí, en definitiva, como, de arriba hacia abajo, tendría lugar el mecanismo de «interiorización» de las identidades. De esta manera, sin embargo, los individuos parecen ser concebidos como recipientes *vacíos* sobre los que verter el contenido que ha de rellenar su identidad nacional.

Ernest Gellner, en sus trabajos clásicos, insistió repetidamente en la importancia de la creación de una «cultura nacional» (idea que recogería el propio Benedict Anderson), entendida como correlato necesario del proceso de modernización y por tanto como elemento clave para la configuración de la identidad nacional. Sin embargo, la concepción de la cultura subyacente parece remitirnos a un concepto bastante funcionalista e instrumentalista de la misma. Por supuesto, a partir de

¹ ANDERSON, B.: *Comunidades imaginadas*, México, FCE, 1993 [edición original: 1983].

² Véase ARCHILÉS, F.: «¿Experiencias de nación? Nacionalización e identidades en la España restauracionista (1898-c. 1920)», en MORENO LUZÓN, J. (ed.): *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 127-152. El presente trabajo intenta desarrollar diversos aspectos allí expuestos.

³ Aunque lo cierto es que algunos de los mejores estudios que han abordado esta cuestión han insistido también en la presencia de otros mecanismos no dependientes de la actuación estatal. Es el caso del trabajo de MOSSE, G. L.: *La Nacionalización de las masas*, Madrid, Marcial Pons, 2005. De todas formas, creo que el trabajo de Mosse no debería ser tomado como un modelo aplicable a otros casos. En mi opinión Mosse concibió su obra con una voluntad explícita de explicar un proceso final: el ascenso del nazismo, y todo el libro está subordinado a ello.

ahí, la construcción de las identidades nacionales consiste, básicamente, en la difusión de estos planteamientos, mediante un esquema casi por completo exclusivo de difusión desde arriba hacia abajo, bastante rígido. Además, esta concepción (a un tiempo instrumentalista y basada en unos planteamientos casi indistinguibles de los de la teoría de la modernización) es bastante similar a la que ha mostrado buena parte de la historiografía marxista que se ha ocupado del estudio de los fenómenos nacionales, con el único añadido significativo de la dimensión de clase (de fundamentación socioeconómica de los planteamientos ideológicos) para los lenguajes políticos del nacionalismo⁴. Significativamente, la historiografía de inspiración marxista ha ayudado muy poco a la consolidación de una historia social de las identidades nacionales.

Sin embargo, precisamente uno de los legados más interesantes de los debates producidos en los últimos años en la historia sociocultural tiene que ver con una reconsideración de la cultura, así como de los lenguajes, en tanto que piezas centrales para la configuración de las identidades⁵. Se trata de los efectos del llamado «giro cultural»⁶, que ha posibilitado que la concepción ahora en juego de la «cultura» —tras la influencia intensa de los debates postestructuralistas— tienda a presentar a ésta menos como un ámbito prefijado y que se impone sobre el sujeto, que como un espacio en que tiene cabida la recuperación de la «agency», la acción (y construcción cultural autoconsciente) de los sujetos⁷.

¿Cuál puede ser, por lo tanto, la relación de los sujetos respecto de la «cultura nacional» y la interiorización de las identidades nacionales? Para intentar avanzar en estas propuestas, trataremos de abordar una perspectiva de la identidad nacional entendida en términos no sólo estrictamente políticos, sino prestando especial atención a la dimensión cultural como pieza clave a la hora de configurar la auto-comprensión de los sujetos, su acción y, por tanto, su identidad.

Según Umut Özkirimli, el nacionalismo debemos entenderlo como «a particular way of seeing and interpreting the world, a frame of reference that helps us make sense of and structure the reality that surround us». Por ello, esta dimensión cognitiva del discurso nacionalista implica que éste afecta a toda nuestra manera de entender y estar en el mundo⁸. Es por ello que no basta con entender el nacionalismo simplemente como una doctrina política (caracterizada por unos contenidos o programas concretos, y tal vez por un proyecto de organización territorial), sino que es mucho más importante analizar cómo tiñe toda nuestra experiencia social. En este sentido, creo que resulta mucho más interesante saber

⁴ El caso más característico puede ser el del muy influyente trabajo de HOBBSAWM, E.: *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Editorial Crítica, 1991. Un bienintencionado intento de reconstrucción del pensamiento del autor en MATTHEWS, W.: «Class, Nation, and Capitalist Globalization: Eric Hobsbawm and the National Question», *International Review of Social History*, 53 (2008), pp. 63-99.

⁵ Véase un apasionante relato de la evolución de los debates en la historia social en ELEY, G.: *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2008.

⁶ BONNELL, V. y HUNT, L. (eds.): *Beyond the Cultural Turn. New directions in the Study of the Society and Culture*, Berkeley, University of California Press, 1999.

⁷ Véase la reflexión de SPIEGEL, G. M.: *Practicing History. New Directions in Historical Writing after the linguistic turn*, Nueva York-Londres, Routledge, 2005.

⁸ ÖZKIRIMLI, U.: *Contemporary debates on nationalism. A critical engagement*, Basingstoke, Palgrave, 2005, p. 30.

cómo se desarrolla esta experiencia «nacionalizada», cómo se produce y reproduce el discurso identitario de la nación.

No son muchos, sin embargo, los esfuerzos dedicados a esta manera de afrontar el estudio de la construcción de la identidad nacional. Precisamente desde la elaboración de unos marcos creadores de significado (y la formación de una semiótica nacional), destacan algunas aportaciones, como la de Ulf Hedetoft. Este autor ha intentado mostrar el carácter sincrónico que enlaza la dimensión individual con la colectiva de tal manera que ambas, una vez afianzado el marco circular en que se reproduce toda nación, se convierten en mutuamente interdependientes e inseparables⁹.

En este sentido, resulta de especial relevancia la fórmula que, a mediados de los años noventa, acuñó el psicólogo social Michael Billig y a la que denominó «Banal nationalism»¹⁰. Conviene resaltar que banal, para Billig, no significa intrascendente o irrelevante sino que apunta en el sentido de lo inadvertido y precisamente por ello ya asumido. Pero, todavía más interesante que la percepción «inconsciente» (y, a su vez, condición clave para la interiorización y naturalización de la identidad nacional que está en la base de esta fórmula) es el carácter cotidiano, la reproducción en el *everyday life* de la identidad nacional. Ésta es una dimensión que (por ejemplo en los trabajos de Tim Edensor) está resultando muy fructífera, y que trata de aprovechar tanto la sociología de la vida cotidiana como la microsociología de la tradición de Erwin Goffman¹¹. Desde esta perspectiva, ninguna dimensión por ínfima que pueda parecer resulta irrelevante (el marco local, la vivencia del espacio urbano, la interacción individual, las pautas de consumo, las formas de vestir o comer). En mi opinión, es ahí donde se abren las puertas hacia la historia social y la manera como se construyen las identidades nacionales. En realidad, el trabajo de Billig es esencialmente un análisis del discurso (nacionalista) con una proyección psicosocial dada por garantizada, sin que en su estudio se expliciten los mecanismos de recepción. Pero ¿cómo encaja con las experiencias vividas y cómo se articulan?

No deja de resultar significativo que no haya sido desde la «historia de la vida cotidiana», esto es, desde un ámbito consolidado a partir, ya fuera de la *Nouvelle histoire*, la historia popular británica, o la *Alltagsgeschichte*, que se haya abordado este estudio¹². La rígida separación (y aun manifiesta enemistad ideológica) entre

⁹ HEDETOFT, U.: *Signs of nations. Studies in the Political Semiotics of Self and Other in Contemporary European nationalism*, Aldershot, Dartmouth, 1995, especialmente pp. 11 y ss.

¹⁰ BILLIG, M.: *Banal Nationalism*, Londres, Sage, 1995.

¹¹ EDENSOR, T.: *National identity, popular culture and everyday life*, Oxford-Nueva York, Berg Books, 2002; EDENSOR, T.: «Reconsidering national Temporalities. Institutional Times, Everyday routines, serial spaces and synchronicities», *European Journal of Social Theory*, 9-4 (2006), pp. 525-545. Una visión más general en ÖZKIRIMLI, U.: *Theories of nationalism: A critical introduction*, Basingstoke, Palgrave, 2000. Aunque en otro sentido, véase HERZFELD, M.: *Cultural Intimacy. Social poetics in the Nation-State*, Nueva York-Londres, Routledge, 1997. Una ampliación hacia la cultura material en PALMER, C.: «From Theory to practice. Experiencing the Nation in Everyday Life», *Journal of Material Culture*, 3-2 (1998), pp. 175-199.

¹² La lista podría seguir. ¿Por qué una reflexión tan útil como la de Michel de Certeau sobre la invención de lo «cotidiano» en los años ochenta ha tenido tan poco aprovechamiento en este sentido? Sin duda, esta dimensión tampoco la llegó a vislumbrar el propio autor, a pesar de su interés en los espacios vividos, ya fuera la ciudad o el barrio. Véase, especialmente, CERTEAU, M. de; GIARD, L. y MAYOL, P.: *L'invention du quotidien 2. Habiter, cuisiner*, París, Gallimard, 1994 [edición original, 1980].

la historia social y la historia del nacionalismo, ha hecho que el punto de encuentro se haya demorado. Lo mismo sucedió con la historia cultural (por otra parte, frecuentemente inseparable en su desarrollo de la historia social). ¿Acaso hubiese sido impensable un estudio microhistórico de la identidad nacional a la manera de Carlo Ginzburg?

El presente trabajo no pretende dar respuesta a estos interrogantes, y su objetivo es mucho más modesto. Tomando como marco temporal el de la Restauración española a partir de los años noventa, su objetivo es plantear una serie de cuestiones en torno a formas posibles de construcción de significados de la identidad nacional. Para ello, el trabajo se centrará en una doble perspectiva de especial relevancia analítica, una primera que afecta al ámbito de las identidades de clase, en concreto de las clases trabajadoras, y su relación con ciertas experiencias culturales (derivadas de las culturas políticas o no) relativas a la existencia de una cultura nacional, y una segunda, socialmente más transversal, que atañe al ámbito de las memorias colectivas de la nación, así como al ámbito de la educación. Cabe advertir que lo que se plantea en este trabajo no es más que un posible marco de referentes culturales (de «imaginarios»), a través de los cuales se puede producir un diálogo de recreación e incluso contestación de la identidad nacional. Sin embargo, la posibilidad de oír las voces de este diálogo es algo que todavía queda por hacer. Todavía no es posible elaborar esta historia social de las identidades nacionales que planteamos, aunque este texto pretende contribuir a ello. En última instancia, se plantea una lectura más compleja y problematizada de los marcos de construcción de la identidad nacional, de los marcos de construcción de significado. Las maneras de vivir la comunidad imaginada tendrían lugar en ellos, no como algo dado de antemano sino como un espacio (literal y metafóricamente: en la nación) por construir, por habitar.

Cabe señalar, por último, que en estas reflexiones no se plantea en ningún caso una «experiencia de la nación», al *margen* de otras identidades colectivas, sino *dentro* de ellas. Como han ido mostrando algunos de los estudios más renovadores desarrollados en los últimos años, las diversas identidades colectivas (clase, género, etnia) no se desarrollan de manera aislada, y específicamente respecto de la identidad nacional¹³. Ésta sólo es posible entenderla en un proceso de interrelación en el cual las experiencias identitarias cobran sentido, y en el que, por tanto, se atribuye significado a la nación como comunidad imaginada.

¿Una nación fracasada?

El estudio sobre la construcción de la identidad nacional española contemporánea alcanzó en la década de los noventa un punto de inflexión con la que se

¹³ ELEY, G. y SUNY, R. (eds.): «Introduction: From the moment of social History to the Work of Cultural representation», en ELEY, G. y SUNY, R. (eds.): *Becoming national: A reader*, Oxford, Oxford University Press, 1996, pp. 3-38. En el mismo sentido, HALL, C.; MCLELLAND, K. y RENDALL, J.: *Defining the victorian nation. Class, Race and Gender and the Reform Act of 1867*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.

denominó tesis de la débil nacionalización¹⁴. El fundamento de la misma (en realidad construida sobre planteamientos que hunden sus raíces en la historiografía española de los años sesenta y setenta) consideraba la construcción de la identidad nacional española repleta de fracasos y limitaciones, especialmente en el siglo XIX, pero con consecuencias que alcanzaban de pleno el siglo XX. El periodo de la Restauración, aunque visto en ocasiones con ambivalencia (especialmente por ser el marco de una innegable politización de las masas), no escapaba de esta gran narrativa del pasado español. Además una perspectiva comparada de alcance bastante limitado (y en concreto casi reducida a un supuesto ejemplo normativo como sería el caso francés) serviría para reforzar la constatación de las debilidades nacionalizadoras. Asimismo, la diversidad territorial o la pluralidad de proyectos políticos en juego serían vistas como prueba inequívoca del fracaso de un proyecto estatal eficazmente unificador.

Sin embargo, las revisiones historiográficas producidas a lo largo de década y media han cuestionado seriamente estos planteamientos, aunque todavía la producción historiográfica sea limitada¹⁵. El escenario que ahora se nos abre, y en concreto para el marco de la Restauración, hace hincapié en la presencia de un poderoso (aunque concebido en versiones rivales) discurso nacionalista español, concebido en los términos de un nacionalismo cultural y frecuentemente excluyente de la diferencia, muy similar al de sus contemporáneos europeos. El contexto del cambio de siglo traza la interrelación de los desafíos de la política de masas, la crisis colonial (y la redefinición de un proyecto imperialista africano) y el auge de los nacionalismos periféricos catalán y vasco. Sin embargo, más allá del análisis del discurso, disponemos de pocos estudios específicos que, desde una perspectiva de historia social, ayuden a explorar los significados precisos de la construcción (plural y diversa) de los significados sociales de la identidad nacional. Tanto los debates originarios como las revisiones posteriores han seguido insistiendo en la nacionalización como algo cuantificable, cuya medición nos permitiría desvelar su éxito o fracaso. Sin embargo, en nuestra opinión, sería mucho más importante insistir, no en una presunta medición de la difusión de la identidad nacional, sino en las formas como ésta se fue construyendo y experimentando. Se trata menos del cuánto (cuánta nación) que del cómo (de qué manera se vive la nación).

En el presente trabajo, inevitablemente, entraremos en diálogo con la historiografía española y sus debates más recientes, cuestionando los resultados de la tesis de la débil nacionalización. Su objetivo último, sin embargo, es mostrar diversas experiencias posibles de construcción de la identidad nacional española, a través

¹⁴ Los planteamientos más influyentes proceden de los trabajos de los años noventa recopilados en RIQUER, B.: *Identitats contemporànies: Catalunya i Espanya*, Vic, Eumo, 1999; RIQUER, B.: *Escolta Espanya. La cuestión catalana en la España liberal*, Madrid, Marcial Pons, 2002. Con el mismo planteamiento de fondo se encuentran autores como SERRANO, C.: *El nacimiento de Carmen: símbolos, mitos, nación*, Madrid, Taurus, 1999 y BOYD, C. P.: *Historia Patria: Política, historia e identidad nacional, 1875-1975*, Barcelona, Pomares-Corredor, 2000 [edición original, 1997]. Por último, y aunque con matices, hay que situar en esta estela la muy influyente obra de ÁLVAREZ JUNCO, J.: *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001.

¹⁵ ARCHILÉS, F.: «¿Quién necesita la nación débil? La débil nacionalización española y los historiadores», en FORCADELL, C. et al.: *Usos de la historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, pp. 187-208 y ARCHILÉS, F. y MARTÍ, M.: «Una nació fracassada? La construcció de la identitat nacional espanyola al llarg del segle XIX», *Recerques*, 51 (2005), pp. 141-163.

de la difusión de ciertas versiones del imaginario nacional. Todo ello intentando mostrar en el proceso de análisis la naturaleza performativa del discurso nacionalista, pero sin naturalizar en nuestro relato una visión reificada de la propia idea de nación¹⁶.

Culturas políticas, identidades de clase y experiencias de nación

A la hora de abordar el estudio de las clases trabajadoras, así como en un sentido más amplio, de diversos sectores populares, resulta esencial el análisis de las culturas políticas en el marco de las cuales se definían sus identidades colectivas. Como ha sido bien establecido por la historiografía social, y en concreto por la historia del movimiento obrero, no basta con una referencia al trasfondo o fundamentación económica como procedimiento para explicar los comportamientos sociales y políticos de los grupos sociales. La importancia de las construcciones culturales a la hora de la (auto)identificación identitaria (incluso en las manifestaciones más específicamente y clásicamente obreristas) resulta decisiva. Es por ello que el estudio de las culturas políticas permite profundizar en la interrelación entre los lenguajes disponibles y las prácticas (de hecho sin que ambos deban ser separados de manera dicotómica), de suerte que se configuren así los marcos de referencia (y también los «imaginarios») que configuran las identidades colectivas, y que, en definitiva, articularán las formas de la acción social¹⁷.

En la España de la Restauración, si se pretende analizar a las clases trabajadoras en este sentido, resulta obligado referirse a las culturas políticas del republicanismo, incluso más que a las de las culturas obreristas (anarquistas y socialistas). En muchos de los más importantes núcleos urbanos españoles (Madrid, Barcelona, Valencia, pero también en ciudades medianas como Málaga o Castellón) la presencia política del republicanismo era muy destacada, y en ocasiones mayoritaria. Esos partidos encuadraban a buena parte de las clases populares así como a importantes sectores de las clases medias. No podemos ocuparnos ahora de profundizar en los significados que esta amalgama de intereses y grupos podía alcanzar. Sin embargo, conviene destacar que la centralidad de la construcción de una identidad de «pueblo» (y su posterior derivación hacia comportamientos populistas) como sujeto social y político contó con una amplia aceptación¹⁸. Pero además, cabe destacar que el tránsito de esta noción del pueblo al de la nación era casi inmediato.

¹⁶ Nos inspiramos para ello en las perspectivas historiográficas trazadas por BERGER, S.: «A return of the National paradigm? National History Writing in Germany, Italy, France and Britain from 1945 to the present», *Journal of Modern History*, 77 (2005), pp. 629-658.

¹⁷ Entre el marasmo bibliográfico que rodea este concepto, véase SOMMERS, M.: «¿Qué hay de político o de cultural en la cultura política y en la esfera pública? Hacia una sociología histórica de la formación de conceptos», *Zona abierta*, 77-78 (1996-1997), pp. 31-94; BAKER, K. M.: «El concepto de cultura política en la reciente historiografía sobre la Revolución Francesa», *Ayer*, 62 (2006), pp. 89-110.

¹⁸ Nos inspiramos en planteamientos como los que trazó en su momento JOYCE, P.: *Democratic Subjects, the Self and the Social in Nineteenth-Century England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994. Un intento de diálogo con estas perspectivas en ARCHILÉS, F.: *Parlar en nom del poble. Cultura política, discurs i mobilització social al republicanisme castellanenc (1891-1909)*, Castellón, Ayuntamiento de Castellón, 2002.

Aunque los republicanos actuaban en esferas locales de influencia (excluidos como estaban del acceso al poder del Estado), es inexplicable su cultura política sin la centralidad de la referencia «nacional». Asimismo, a pesar de su «localismo», se convirtieron en eficaces instrumentos nacionalizadores¹⁹. En este sentido, cabe destacar la importancia de todas las experiencias vinculadas a la politización: prácticas y espacios de sociabilidad, de movilización, de difusión de referentes simbólicos, etc., jugaron un papel decisivo en la construcción de la nación como ámbito de referencia para amplios sectores sociales. Fue así, en el día a día de la política, como se difundieron y aceptaron los «imaginarios» de la nación.

Junto al republicanismo, un ámbito de estudio especialmente interesante es el del movimiento obrero organizado, que en el caso español raramente se aborda desde la perspectiva de su función en la interiorización y reproducción social de la identidad nacional. En cambio, demasiado a menudo se suele dar por descontado que nada tiene que ver con la nación (española) y el nacionalismo (español), e incluso se sostiene que fue exactamente lo opuesto. Como demuestran otros ejemplos europeos, sin embargo, la importancia de esta dimensión concreta fue decisiva en la construcción de identidad y en la acción colectiva de tales movimientos sociales²⁰, no siempre, además, en sus manifestaciones más amables (como muestra ni más ni menos que el caso francés)²¹.

Esta reiterada ausencia en la bibliografía no es en ningún caso un hecho reciente. Cuando en los años sesenta se forjó la renovación de la historia social en España, donde el estudio del movimiento obrero ocupó un lugar prioritario, los historiadores españoles nunca se plantearon el análisis de la dimensión nacional, simplemente se daba por supuesta. De hecho, la renovación temática y teórica que entonces se produjo no descentró a la nación, sino que redefinió cómo aproximarse a ella. El auge de la historia social de los años 60 y 70 hacía de las clases sociales el concepto de referencia, pero el marco de referencia era el nacional (considerado como obvio y nunca reflexionado). El ejemplo de Manuel Tuñón de Lara (él mismo especialista en el estudio de la Restauración) puede resultar en este sentido bastante ilustrativo, pues cuando escriba la historia del movimiento obrero lo

¹⁹ ARCHILÉS, F.: «Una nacionalización no tan débil: patriotismo local y republicanismo en Castellón (1891-1910)», *Ayer*, 48 (2002), pp. 283-312. Incluso entre los republicanos emigrados, el estallido que siguió al 98 mostró la fuerte interiorización del discurso nacionalista que se había ido construyendo ya desde años antes. Vid. DUARTE, Á.: «Republicanos, emigrados y patriotas. Exilio y patriotismo español en la Argentina en el tránsito del siglo XIX al XX», *Ayer*, 47 (2002), pp. 57-79.

²⁰ Ya señalado por MOSSE, G. L.: *La Nacionalización...*, op. cit. También HOBBSAWM, E. J.: *Naciones y nacionalismo desde 1780*, op. cit., pp. 97-98 y 132-133. En el mismo sentido ELEY, G.: *Forging democracy. The History of the Left in Europe 1850-2000*, Nueva York, Oxford University Press, 2002, pp. 79-82. Una perspectiva de diversos casos en BERGER, S. y SMITH, A. (eds.): *Nationalism, Labour and ethnicity: 1870-1939*, Manchester, Manchester University Press, 1999. Son estudios muy interesantes los de WARD, P.: *Red Flag and Union Jack: Englishness, Patriotism and the British Left, 1881-1924*, Rochester, Boydell Press, 1998; CALLAHAN, K.: «Performing Inter-Nationalism” in Stuttgart in 1907: French and German socialist nationalism and the political culture of an International Socialist Congress», *International Review of Social History*, 45 (2000), pp. 51-87 y STUART, R.: *Marxism and national identity. Socialism, nationalism and National Socialism during the French Fin de Siècle*, Nueva York, State University of New York Press, 2006.

²¹ CRAPEZ, M.: *La gauche réactionnaire: mythes de la plèbe et de la race dans le sillage des lumières*, París, Berg International, 1997; DORNEL, L.: *La France hostile. Socio-histoire de la xénophobie (1870-1914)*, París, Hachette, 2004.

hará en clave estrictamente nacional española²². Por otra parte, esto iba a ser algo común, según S. Berger, a la historia social en la Europa de los años 60.

Sin embargo, en un marco cronológico que, al menos, cabe situar a partir de los años noventa, convendría no pasar de puntillas por el alto grado de aceptación del marco territorial de la nación, y ello en diferentes culturas políticas del movimiento obrero en España: no por casualidad se llama el principal partido Partido Socialista Obrero *Español* o el sindicato anarquista Confederación *Nacional* de Trabajadores. Es claro que existían notables diferencias entre socialistas y anarquistas en el grado de voluntad de participación, y por lo tanto de «integración» en el marco de la política nacional. Pero no lo es menos que la intensa politización obrerista (en que los sectores de las clases trabajadoras son herederos en muchos casos de prácticas políticas previas muy nacionalistas, como las de las culturas políticas del republicanismo) tomaba el ámbito nacional/estatal como marco básico de referencia y acción²³. Al imponer en el debate público la cuestión social, se reclamaba el marco del Estado-nación como espacio para la obtención de derechos, movilizando en consecuencia a los trabajadores en esta dirección. Se creó además una red asociativa que ordenaba, desde los ámbitos locales, la fragmentada estructura de sociabilidad respecto de una dimensión nacional.

Además, conviene destacar dentro del marco de la movilización social y el marco crecientemente nacionalizado del ámbito político, el peso que tuvo el anticlericalismo entre las diversas culturas políticas obreristas. Éste, contemplado en su doble dimensión discursiva y en tanto que práctica de movilización y acción colectiva, está estrechamente vinculado a un programa nacionalista. El anticlericalismo formaba parte de un tipo nuevo de nacionalismo que hacía de la crítica al caciquismo y a la España de la Restauración (y con la consiguiente propuesta «regeneracionista») el eje de su propuesta²⁴. Además, se asumía implícitamente una nacionalización de la política, de sus conflictos, ya que el caciquismo y sus consecuencias eran un «problema español» por antonomasia.

El conflicto anticlerical se convirtió en uno de los ejes centrales de la política, especialmente a partir de 1898, con su reactivación, que, en el marco de la crisis, funcionaba como un excelente proveedor de un mapa cognitivo para las culturas políticas anarquista, socialista y republicana²⁵. Éste permitía, de manera muy fluida, combinar conflictos locales (con ciertos curas, sobre conventos, entierros...) con grandes principios «filosóficos». Pero el eje que permitía combinarlos no era otro que el de la política nacional. Porque de lo que se trataba era de la secularización del Estado y por lo tanto de aprobar medidas políticas desde el Estado. Todas las polémicas, por tanto, acaban reforzando la esfera pública nacional. Es por ello que, frecuentemente, conflictos en principio locales saltaban a la prensa o

²² Puede verse su trabajo en tantos sentido pionero. TUÑÓN DE LARA, M.: *El movimiento obrero en la historia de España*, Madrid, Taurus, 1970.

²³ E. Hobsbawm llega a calificar de «natural» que las clases trabajadoras se identificaran con el ámbito nacional. Cfr. HOBBSAWM, E.: «Tradicions massificadores: Europa 1870-1914», en HOBBSAWM, E. J. y RANGER, T.: *L'invent de la tradició*, Vic, Eumo, 1988, p. 248.

²⁴ Esto lo hizo notar ya ÁLVAREZ JUNCO, J.: «Redes locales, lealtades tradicionales y nuevas identidades colectivas en la España del siglo XIX», en ROBLES EGEA, A. (comp.): *Política en penumbra*, Madrid, Siglo XXI, 1996, pp. 72-94, especialmente pp. 89 y ss.

²⁵ SALOMÓN, M. P.: «El discurso anticlerical en la construcción de una identidad nacional española republicana (1898-1936)», *Hispania Sacra*, 110 (2002), pp. 485-498.

al Parlamento y devenían inmediatamente motivo de discusión en todas partes del marco nacional.

Además, como es evidente, en el trasfondo de todo ello latía una idea de España frente a otra, un proyecto de nación frente a otro: el progreso del país frente al atraso. Las posiciones anticlericales aspiraban a una «regeneración» nacional. Grandes ideas y principios, como el progreso y la secularización, tenían, en definitiva, una traducción localizada: nacional. Y lo mismo valía, claro está, para sus adversarios, que no hacían otra cosa que luchar por un modelo de España alternativo.

De hecho, el discurso de la regeneración no estaba muy alejado de una cierta aceptación del, por otra parte, muy característico discurso nacionalista, discurso de la «degeneración» nacional. Así en 1914 afirmaba *El Socialista* la conexión «entre la salud del espíritu nacional y la salud física de los españoles». Una degeneración *racial* que afectaba a una decadencia global del pueblo español que, para Anselmo Lorenzo, estaba «en la masa de nuestra sangre»²⁶.

En definitiva, no parece demasiado arriesgado suponer que el grado de participación y aceptación de la esfera política nacional implicaba algo más que la participación en un espacio «neutro», una pura arena vacía de significados nacionales. En caso contrario no tendría sentido el *crescendo* que culmina con los valores patrióticos y nacionalistas defendidos por la izquierda española durante la República y la Guerra Civil²⁷. Igualmente, en este sentido, resulta imposible soslayar el hecho de que con la aparición de los movimientos regionalistas y nacionalistas finiseculares, la respuesta del movimiento obrero organizado en Cataluña y Euzkadi fue mayoritariamente la de oponerse a sus planteamientos políticos y culturales, mostrando unas posiciones abiertamente españolistas, nacionalistas²⁸.

Por todo ello, creo que cabe afirmar que, en el caso español, el distanciamiento, señalado reiteradamente, del discurso patriótico o nacionalista oficial (por ejemplo durante la guerra de Cuba, o en Marruecos) no significaba la inexistencia de elementos procedentes del discurso identitario del nacionalismo español, frecuentemente de raíz liberal.

En el caso del anarquismo español no cabe duda de que se desarrolló (y especialmente con motivo de las guerras y frente a la institución del ejército) una fuerte crítica del «patriotismo» frente a las posiciones internacionalistas. Pero al mismo tiempo, como ya hizo notar José Álvarez Junco, ello tuvo que convivir con «frecuentes infidelidades “nacionalistas” en el sentido de plantear el “problema de España” en términos de singularidad psicológica o destino providencial»²⁹. Creo que es de gran importancia señalar cómo en el ámbito del discurso político anarquista se hallaban insertados elementos de clara dimensión cultural, que tal vez

²⁶ Citas tomadas de CAMPOS, R.; MARTÍNEZ, J. y HUERTAS, R.: *Los ilegales de la naturaleza. Medicina y degeneracionismo en la España de la Restauración (1876-1923)*, Madrid, CSIC, 2000, p. 232.

²⁷ NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

²⁸ RIVERA, A.: *Señas de identidad. Izquierda obrera y nación en el País Vasco, 1880-1923*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003. También ocurrió lo mismo con muchos partidos republicanos, por ejemplo en Cataluña, que contaban con amplias bases sociales procedentes de los sectores de las clases trabajadoras. DUARTE, Á.: «Republicanos y nacionalistas. El impacto del catalanismo en la cultura política republicana», *Historia Contemporánea*, 10 (1993), pp. 157-177.

²⁹ Cfr. ÁLVAREZ JUNCO, J.: *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Madrid, Siglo XXI, 2.ª ed., 1991, p. 254 [1.ª ed.: 1976].

procedían de fuentes más profundas y menos visibles y que afectaban, en definitiva, a la comprensión de la idea de España, más allá de la doctrina política estricta. Cómo no recordar aquí, en fin, una obra tan significativa como la de Diego Abad de Santillán, *Psicología del pueblo español*, un extenso trabajo en que su autor traza un análisis del carácter (nacional) español³⁰.

Y es que, en todo caso, probablemente, estas «infidelidades» acaban por traducir un grado de aceptación de la dimensión nacional, de la identidad nacional española, mucho mayor de lo que los planteamientos doctrinarios hacían suponer. Y de hecho, tal vez acabaron por aceptar un sentido de «patriotismo», muy crítico y combativo, pero identificable a la postre con la nación³¹.

Por lo que respecta al caso del socialismo español, todo parece indicar que su grado de aceptación del marco nacional era todavía más claro, y que de hecho el PSOE no evitó un discurso más abiertamente nacionalista en las primeras décadas del siglo XX. Las propuestas de modernización y «regeneración», como ya hemos indicado, en definitiva, implicaban un programa nacionalista. Se requería una implicación del movimiento obrero, en palabras de Pablo Iglesias, en pro del «interés nacional»³².

Hemos seleccionado un par de referencias de esta primera década que pueden dar una idea de cómo (al menos entre las elites del socialismo español), se planteaba una completa aceptación e identificación con la nación española como marco. Pero, como se apreciará, se trata de algo más profundo que simplemente un marco de aceptación, pues podemos apreciar una identificación con elementos bastante característicos de un discurso nacionalista mucho más ampliamente difundido. ¿Estarían las bases del socialismo español muy alejadas de este tipo de discurso? En mi opinión, nada avalaría esta lectura.

El primero de mayo del año 1900, en las páginas de *El Socialista*, el respetado médico Jaime Vera escribía:

Inculto, abandonado de todos, salvaje en sitios, no ha llegado nunca el pueblo español a la degradación que corroe a parte del proletariado en los países más cultos: Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, por razón de raza y de origen, por el régimen industrial desenfrenado, por el alcoholismo hereditario, etc. El mundo que ha vituperado la política consuetudinaria del Estado español, paladín de las causas muertas, portaestandarte de todas las opresiones tradicionales, ha admirado siempre el esfuerzo, las energías, la virilidad del pueblo español. Detestable la dirección política, la acción histórica; digna de admiración la casta.

Tras identificar de lleno esta casta con la castellana y su tarea civilizadora (aunque con un balance final no precisamente halagüeño) añadirá: «hundida la patria en simas más hondas que hoy, ha renacido por el vigor del pueblo. En él es donde

³⁰ ABAD DE SANTILLÁN, D.: *Psicología del pueblo español*, Madrid, Imp. de Felipe Peña Cruz, 1917.

³¹ Remito al trabajo de SALOMÓN, P.: «Anarquisme i identitat nacional espanyola als inicis del segle XX», *Afers*, 48 (2004), pp. 369-382.

³² SMITH, A.: «Spaniards, Catalans and Basques: labour and the Challenge of nationalism in Spain», en BERGER, S. y SMITH, A. (eds.): *op. cit.*, pp. 71 y ss. Por cierto que la aceptación de la identidad nacional a partir de la primera década se detecta también en el ámbito de las representaciones. Véase FERNÁNDEZ, M. A.: «La imagen de España» en la prensa obrera durante el primer tercio del siglo XX», *Cercles. Revista d'Història cultural*, 8 (2005), pp. 196-213.

han de buscarse vírgenes energías; por el contra los errores y horrores de la política tradicional, está asegurada la perennidad de la familia española sobre la faz de la tierra»³³. Se puede apreciar, por tanto, que estamos ante un discurso de corte claramente regeneracionista, en el que la idea de pueblo actúa como sinónimo de proletariado, y la identidad de aquél es identificable con una noción de patria de resonancias hondamente nacionalistas.

En segundo lugar, aportamos dos textos de Pablo Iglesias. El primero corresponde a su intervención en el Ayuntamiento de Madrid en diciembre de 1909, ante la propuesta del alcalde de levantar cuatro estatuas a los héroes del Rif. En realidad, no cabe sino destacar el papel que la guerra tuvo como mecanismo de nacionalización. No por su popularidad entre el movimiento obrero, sino porque obligó (aunque fuera en negativo) a aceptar la discusión sobre un ámbito político nacionalizado³⁴, algo que ya había sucedido en el caso de la guerra de Cuba en el 98, acaso por primera vez³⁵. Sin duda, aquí se pone de manifiesto la oposición contundente de los socialistas hacia una determinada política y a su manera de aplicarla, y precisamente que se hiciera en el nombre de la patria, pero desde luego no a la idea de España ni a su defensa. Dijo Iglesias: «La guerra del Rif ha sido una guerra de conquista, no en defensa del honor nacional, y por eso nosotros y los que piensan como nosotros nos oponíamos a ella [...]. Que las fuerzas enviadas al Rif no lo fueron para reparar ninguna ofensa al pabellón español, sino para apoderarse de una parte de él, no es ahora una suposición». Cabe suponer, por tanto, que ante una ofensa al pabellón español o en defensa del honor nacional la respuesta de Iglesias hubiera sido muy otra³⁶.

El segundo texto pertenece a 1914, pero está también referido a Marruecos. Se trata de un artículo publicado en *Vida Socialista* y en él Iglesias no sólo despliega una concepción de la patria, de España, con la que se identifica plenamente, sino que lo hace a través de algunos elementos, en este caso tomados del discurso histórico del nacionalismo español. Es lo que sucede cuando, frente a los que él llama militaristas, se pregunta:

¿Pero qué querrán esos señores? ¿Que a nuestra invasión en el territorio marroquí, a nuestro cañoneo y a nuestras razzias contesten los invadidos, cañoneados y raziados echándonos bendiciones y acogiéndonos con vítores? ¿Cómo recibieron nuestros antepasados a las huestes napoleónicas? ¿Serían célebres Madrid, Gerona, Zaragoza y otras muchas poblaciones de nuestro país si a la invasión y al ataque de los soldados franceses hubiesen contestado resignándose o recibiendo con los brazos abiertos a nuestros invasores?

³³ Cfr. VERA, J.: *Ciencia y proletariado. Escritos seleccionados de Jaime Vera*. Prólogo y selección de J. J. Castillo, Madrid, Edicusa, 1973, pp. 162-163.

³⁴ De hecho, incluso se ha llegado a hablar de la aparición en el socialismo español de una sensibilidad nacionalista económica frente a los intereses imperialistas europeos en Marruecos. Cfr. BACHOUD, A.: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988, p. 204.

³⁵ Véase RALLE, M.: «Une fausse découverte de l'Espagne. Le mouvement ouvrier espagnol et la crise de 98», en AUBERT, P. (dir.): *Crise espagnole et renouveau idéologique et culturel en Méditerranée fin XIX^e-début XX^e siècle*, Aix-en-Provence, Université de Provence, 2006, pp. 137-146.

³⁶ Cfr. MORATO, J. J.: *Pablo Iglesias Posse. Educador de muchedumbres*, Barcelona, Ariel, 1977 [edición original, 1931], p. 137. Otra contundente defensa del patriotismo español de Iglesias en la p. 160. Por cierto que Iglesias votó conjuntamente en la propuesta con los concejales republicanos, cuyo nacionalismo está, habitualmente, fuera de discusión.

A partir de ahí, y punto por punto, contraponen los verdaderos valores del patriotismo:

La honra de España no exige en modo alguno que se vaya a atropellar a un pueblo, a dominarle, para que sea pasto de unos cuantos negociantes. El honor de la bandera española no puede ganar nada, sino más bien empañarse, yendo a Marruecos soldados españoles a imponer por el hierro y el fuego lo que conviene a unos cuantos capitalistas o a los que sueñan con falsas glorias [...]. Por el contrario es deshonra nacional, opuesto al honor de la bandera, indigno para el ejército y altamente incivilizador mantener una guerra como la de Marruecos³⁷.

Por otra parte, valdría la pena indagar en ciertas dimensiones de carácter cultural y su relación con la aceptación de la identidad nacional. Así, a partir del ejemplo de Pablo Iglesias, y habida cuenta de la importancia que se atribuye para otros lenguajes políticos, cabría profundizar en cuáles eran las concepciones historiográficas que se traslucen en los discursos políticos izquierdistas. Porque resulta difícil creer que hubiese gran diferencia respecto de los discursos tomados de la historiografía liberal y de la de sus herederos progresistas o demócratas (por ejemplo en sus habituales planteamientos fuertemente esencialistas y castellanocéntricos). Y en este sentido, las coincidencias con el republicanismo no debían ser pocas, y cabe no olvidar que en el seno de la cultura política republicana (donde se hallaban encuadradas buena parte de las clases populares y sectores trabajadores urbanos) el contenido nacionalista de su visión del pasado español era indudable³⁸. En fin, partiendo de la importancia que la difusión de la educación tenía para el movimiento obrero, y en ella también de la historia de España misma³⁹, sería muy interesante saber qué tipo de historia de España se enseñaba en las escuelas racionalistas, Casas del Pueblo o Ateneos⁴⁰. Porque no basta con insistir en la dimensión abiertamente crítica que sobre el pasado español y muchos de sus mitos se ofrecía. También habría que analizar que, de hecho, se mostraba un alto grado de aceptación y naturalización del pasado en tanto que «español», y por tanto susceptible de ser discutido en sus términos pero no en su «españolidad». Esto es, nunca se pone en duda que España existía desde un remoto pasado y que esta identidad se transmitía hasta el presente.

Asimismo, vale la pena plantearse hasta qué punto el énfasis en la educación por parte del movimiento obrero no implicaba una aceptación plena de la única

³⁷ Reproducido en IGLESIAS, P.: *Escritos 2. El socialismo en España. Escritos en la prensa socialista y liberal 1870/1925*, Madrid, Ayuso, 1976, p. 263.

³⁸ Un ejemplo a propósito de la Guerra de la Independencia lo ofrece DUARTE, Á.: «El pueblo indómito. La Guerra de la Independencia en la memoria histórica del republicanismo español», en MICHONNEAU, S. et al.: *Sombras de mayo. Mitos y memorias de la Guerra de la Independencia en España (1808-1908)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2007, pp. 169-186; del mismo autor, «Los republicanos del ochocientos y la memoria de su tiempo», *Ayer*, 58 (2005), pp. 207-228.

³⁹ Por ejemplo, clases de historia de España eran ofrecidas en círculos, centros socialistas y escuelas laicas de Madrid. Cfr. TIANA FERRER, A.: *Maestros, misioneros y militantes. La educación de la clase obrera madrileña, 1898-1917*, Madrid, CIDE, 1992, pp. 390-397.

⁴⁰ Un ejemplo lo ofrece SALOMÓN, P.: «La enseñanza de la historia de España en la Escuela Moderna de Barcelona: una contribución a la construcción de la identidad nacional española», en FORCADELL, C. et al. (coords.): *Usos públicos de la historia. VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2002, pp. 749-763.

alta cultura disponible: aquella filtrada por el tamiz de la cultura «nacional», del canon cultural español, tanto en los clásicos como en los autores contemporáneos. En todo caso de aquella literatura más difundida en la España de la Restauración, esa literatura de «consumo» que era la predominante y por lo tanto que resulta decisiva a la hora de configurar la esfera pública nacional de los gustos literarios.

Vale la pena recordar la importancia que la literatura, y especialmente la novela, tiene en la configuración de las identidades nacionales. Ésta, como señaló B. Anderson, crea un espacio homogéneo y simultáneo, el espacio de la comunidad. En palabras de F. Moretti, la novela moderna se convierte en la forma simbólica de la nación-estado⁴¹. En el caso español, a partir de los años ochenta, con la novela realista y naturalista, asistimos al nacimiento de un modelo de literatura nacional, con autores que van desde Pérez Galdós a Blasco Ibáñez, Clarín o Pardo Bazán. Estos autores, por primera vez, harán del tiempo presente, de los años de la Restauración el eje de su novelística, y (re)crearán una representación de la sociedad española, concebida en términos nacionales, exactamente igual que el resto de las literaturas nacionales estaban haciendo por estas fechas⁴².

Parece claro, además, que los autores más difundidos y leídos no eran los procedentes de una literatura estrictamente «obrerista» (ni, por cierto, tampoco eran las ciencias «sociales» o los textos directamente más políticos los preferidos). Porque eso parece desprenderse de los estudios realizados sobre las lecturas de los trabajadores españoles. Reiteradamente en las bibliotecas de las asociaciones obreras la literatura ocupa un lugar muy destacado, cuando no prioritario. Ése es el caso de la Casa del Pueblo de Madrid, donde tanto en número de volúmenes como en cifras de préstamo, la literatura es absolutamente mayoritaria. Además, corresponde a la literatura contemporánea española un predominio incontestable, muy por encima de obras de otras literaturas⁴³.

¿Puede ser casualidad que los *Episodios Nacionales* fueran una de las lecturas más demandadas en la Casa del Pueblo de Valencia en la primera década del

⁴¹ ANDERSON, B.: *op. cit.*; BERLANT, L.: *The Anatomy of National Fantasy. Hawthorne, Utopia and Everyday Life*, Chicago, The University of Chicago Press, 1991 y MORETTI, F.: *Atlas of European Novel, 1800-1900*, Londres-Nueva York, Verso, 1998.

⁴² Un desarrollo de estas reflexiones en ARCHILÉS, F.: «La novela y la nación en la literatura española de la Restauración: región y provincia en el imaginario nacional», en FORCADELL ÁLVAREZ, C. y ROMEO MATEO, M. C. (eds.): *Provincia y nación. Los territorios del liberalismo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006, pp. 161-190; ARCHILÉS, F.: «La novela y la nación en la literatura española de la Restauración (1877-c. 1898): espacios e imaginarios narrados», en BURGUERA, M. y SCHMIDT-NOVARA, C. (eds.): *Historias de España contemporánea. Cambio social y giro cultural*, Valencia, PUV, 2008, pp. 115-148.

⁴³ Véanse los datos en el estudio de F. de LUIS MARTÍN y L. ARIAS que encabeza el trabajo de FRANCO FERNÁNDEZ, N.: *Catálogo de la biblioteca de la Casa del Pueblo de Madrid (1908-1939)*, Madrid, Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid, 1998, pp. 21-68. También en el Ateneo Obrero de Gijón hacia 1917 la literatura española contemporánea era la mejor representada, según la información que ofrece J.-C. MAINER en «Notas sobre la lectura obrera en España», en *La doma de la quimera*, Barcelona, Bellaterra, 1988, pp. 19-86. No menos interesante resulta la notable presencia de clásicos de la literatura castellana (en prosa y en verso, en novela y teatro) en el catálogo de la biblioteca del Fomento de las Artes, hacia 1885. Cfr. VIÑAO, A.: «A la cultura por la lectura. Las bibliotecas populares (1869-1885)», en GUEREÑA, J. L. y TIANA, A. (eds.): *Clases populares, cultura, educación. Siglos XIX-XX*, Madrid, Casa de Velázquez, 1989, pp. 331-336.

siglo XX?⁴⁴. Más bien cabe deducir, en fin, que los obreros españoles preferían la literatura y muy específicamente la literatura española en su tiempo de ocio y en su afán de cultura. Sería muy interesante indagar en la recepción estricta que estas lecturas pudieran tener. Antes hemos apuntado algunas de las funciones que la novela moderna cumple respecto de la imaginación de la nación. Como ha argumentado Jonathan Culler, la novela sirvió sobre todo para configurar un tipo de lector al cual la novela se dirige, concebido dentro de los términos de una nación, y el cual aprende a través de la novela la distinción respecto a otras naciones que no son la suya⁴⁵. De esta manera cada vez que un obrero leía una novela española en su tiempo libre, en su casa o en su sociedad obrera o Casa del Pueblo «aprendía» nación, aprendía a naturalizar un mundo de naciones imaginadas.

Probablemente con su énfasis en oponerse a cualquier afirmación de lo particular, nadie mostraba una cultura «nacional» más homogénea que los partidos y organizaciones obreristas⁴⁶. No en escasa medida, además, el referente deliberadamente buscado de una cultura laica (en el marco del conflicto y movilización social anticlerical), contribuyó a diseñar una imagen de la sociedad y de la identidad de la nación muy característica.

Llegados a este punto, conviene recordar que, como se ha insistido repetidamente, las deficiencias del sistema educativo español a lo largo del siglo XIX y aun en buena parte del siglo XX fueron notables. Pero, con todo, no puede dejar de subrayarse el hecho de que entre 1860 y 1920 se produjo un incremento indudable de las tasas de alfabetización (más retrasado en el caso femenino), especialmente comparado con los países de su entorno⁴⁷. Resulta significativo, por ejemplo, que frente a la ausencia de escuelas y bibliotecas de inspiración pública, proliferaran ya a partir de 1869 los casinos y asociaciones para la lectura, así como las bibliotecas populares. Es conocida asimismo la muy extendida práctica de la lectura en voz alta en tales ámbitos de sociabilidad⁴⁸. En ese sentido, debe plantearse la pregunta de si las cifras de actuación estatal son las únicas válidas para entender la expansión real de la esfera pública nacional. Por ejemplo, cuál fue el acceso real a la prensa y, especialmente, cuál pudo ser el acceso a la prensa política. Aunque no disponemos de investigaciones concluyentes, todos los indicios apuntan a que entre 1879 y 1913 el incremento de la prensa en España fue notable, también entre la prensa política. David Ortiz ha mostrado cómo en la España de la Restauración

⁴⁴ Cfr. ÁLVAREZ, A.: «La Biblioteca de la Casa del Pueblo de Valencia: Aspectos de una cultura popular», *Estudis d'Història Contemporània del país Valencià*, 6 (1982), pp. 295-316.

⁴⁵ CULLER, J.: «Anderson and the novel», en CULLER, J. y CHEAH, P. (eds.): *Grounds of Comparison*, Nueva York/Londres, Routledge, 2003, pp. 29-52.

⁴⁶ Ello no es óbice para que se desarrollara un sentimiento de «vasquismo», «catalanidad» o «valencianía» entre amplios sectores de las clases trabajadoras. Este sentimiento no era en absoluto incompatible con la identidad española, mientras que se presentaba como alternativa explícita a cualquier propuesta antiespañolista.

⁴⁷ BOTREL, J.-F.: *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1993, pp. 303 y ss. y NÚÑEZ, C.-E.: *La fuente de la riqueza. Educación y desarrollo económico en la España contemporánea*, Madrid, Alianza Universidad, 1992.

⁴⁸ VIÑAO, A.: «Los discursos sobre la lectura en la España del siglo XIX y primeros años del XX», en MARTÍNEZ, J. A. (ed.): *Orígenes culturales de la Sociedad Liberal: España. Siglo XIX*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, pp. 85-147 y BOTREL, J.-F.: «Teoría y práctica de la lectura en el siglo XIX: el arte de leer», *Bulletin Hispanique*, 100-2 (1998), pp. 577-590.

borbónica, a partir de 1875, se creó una verdadera esfera pública extrainstitucional que habría permitido la consolidación de una cultura política nacional⁴⁹.

Todo ello, sin olvidar nunca que resulta más probable que cuando nos refiramos a una cultura obrera y a su posible existencia autónoma (como las elites obre-ristas reclamaban) ésta tenga un alcance bastante limitado. En la práctica, la mayoría de los trabajadores continuaban participando de los espacios de sociabilidad o compartiendo los contenidos de una magmática cultura «popular», que además desde el periodo de entresiglos cabe definir como una cultura de masas nacionalizada⁵⁰. De hecho, era contra esta aceptación de la cultura popular contra la que se desgañaban una y otra vez los líderes obreristas, con un éxito, como mínimo, limitado.

Porque, efectivamente, y especialmente a partir de los años noventa, fue produciéndose una transformación de las formas de ocio y de las formas de sociabilidad en la cultura popular. Se abrió el paso así hacia formas de sociabilidad y formas de consumo cultural propias de una cultura de masas. Este fenómeno, que se produjo en toda Europa, debemos entenderlo no sólo como un fenómeno general, sino que, en todos los casos, y en plena era de las masas ello implicó la forja de verdaderas culturas «populares» nacionales⁵¹. Éste fue también el caso de España, aunque ésta sea una dimensión sobre la que todavía se ha profundizado poco. Así sucede, por ejemplo, en los trabajos de Jorge Uría, sin duda el mejor especialista sobre la cultura popular y las transformaciones de la misma en una cultura de masas. En sus trabajos, se parte de una perspectiva analítica que es la del ámbito territorial estatal, y además la dimensión nacional nunca es problematizada⁵². El resultado de ello es que se demuestra la existencia de una cultura popular (e incluso de unas prácticas de vida cotidiana) nacionalizada y homogénea o con tendencia a serlo. Sin embargo, el hecho de que ello mismo sea parte del proceso de construcción de la nación y sus imaginarios resulta soslayado.

Tal vez el ejemplo más significativo y mejor estudiado sea la extensión sin precedentes de la fiesta de los toros, con todo lo que conllevaba de identificación como fiesta quintaesencialmente española. Si a lo largo de todo el siglo XIX había sido un espectáculo muy popular, en la Restauración pasó a consolidarse como auténtico espectáculo de masas. No es casualidad que muchas plazas de toros fueran construidas en estas fechas⁵³.

⁴⁹ ORTIZ, D.: *Paper Liberals. Press and Politics in Restoration Spain*, Westport, Greenwood Press, 2000; sin embargo, excluye el análisis explícito de la identidad nacional.

⁵⁰ Esto lo hizo ya notar J.-C. MAINER en «Notas sobre la lectura obrera en España», *op. cit.* En el mismo sentido SERRANO, C.: «Cultura popular/Cultura obrera en España alrededor de 1900», *Historia Social*, 4 (1989), pp. 21-32. Más recientemente ha insistido en ello a propósito de la muy poderosa cultura socialista DE LUIS MARTÍN, F.: «La cultura socialista en España: de los orígenes a la guerra civil», *Ayer*, 54 (2004), pp. 199-247.

⁵¹ Caso francés, magníficamente trazado en CORBIN, A. (dir.): *L'Avènement des loisirs 1850-1960*, París, Flammarion, 1995 y RIOUX, J.-P. y SIRINELLI, J.-F.: *La culture de masse en France*, París, Fayard, 2002.

⁵² Véase un excelente balance en URÍA, J.: «Cultura popular y actividades recreativas: la Restauración», en URÍA, J. (ed.): *La cultura popular en la España contemporánea. Doce estudios*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, pp. 77-108. Recientemente ha elaborado la que es la síntesis más extensa y detallada en URÍA, J.: *La España liberal (1868-1917). Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2008.

⁵³ JUARISTI, J.: «El ruedo ibérico. Símbolos y mitos de masas en el nacionalismo español», *Cuadernos de Alzate*, 16 (1997), pp. 19-31; SHUBERT, A.: *Death and Money in the Afternoon. A History of the*

Especialmente importante, sin embargo, fue el caso de la *zarzuela* como género musical/teatral preferido. Hay que tener en cuenta que el debate en torno a una música *nacional* era algo que venía arrastrándose desde el siglo XIX. A finales de siglo, la búsqueda insistente de las esencias y el espíritu nacionales propios del regeneracionismo incluyó también el mundo de la música de manera explícita. Se buscaba una ópera nacional, un sinfonismo español, un *lied* hispano. Europeización y casticismo (con la revalorización de lo popular) pasó a ser el programa a adoptar, como sucedía en otros ámbitos del pensamiento y la reflexión artística⁵⁴.

Es por ello que en la Restauración hubo una auténtica oleada de recopilación y ordenación de la llamada cultura popular musical, de la mano, claro está, de los estudios dedicados al folklore y a la etnomusicología (y la mayoría de ellos estructurados en términos regionales)⁵⁵.

Fue la zarzuela, sin embargo, la que acabó por ocupar en gran medida el espacio *real* de la música nacional, y además, *popular*. En 1892, el entusiasta defensor y estudioso de la zarzuela Antonio Peña y Goñi sintetizaba las virtudes de la zarzuela como verdadera música española señalando que:

Hija del pueblo nació, en efecto, la zarzuela; hija del pueblo fue siempre y sigue siéndolo, e hija del pueblo morirá. Su gloria está ahí, en nutrirse de sangre del pueblo, en señalar los caracteres de una nación en aquello que la nación tiene de más típico, de más individual, que le separa y distingue de las demás naciones [...]. En ese todo nacional que la ópera abarca, la zarzuela se contenta con una parte, pero esa parte es la que mantiene a través de los siglos y de las evoluciones la fisonomía propia, el concepto típico de la nación, ese carácter cuyo fondo no logra alterar el movimiento del progreso, y que conserva incólumes, a despecho de la civilización, las tradiciones de toda nuestra raza⁵⁶.

Sin duda no todo el mundo compartiría en estos términos el declarado empuje nacionalista de la valoración de la zarzuela que hacía Peña y Goñi. Pero lo cierto es que el estatus simbólico de la zarzuela acabó por ser ése.

Por otra parte, la consideración de los contenidos obliga a concluir que se trata de un ámbito privilegiado para comprobar la difusión de un ámbito común de representación del imaginario nacional⁵⁷. Más allá de la dimensión musical estricta,

Spanish Bullfight, Oxford, Oxford University Press, 1999; SERRANO, C.: *El nacimiento de Carmen*, op. cit. Sobre la nacionalización de la cultura popular en la España de la Restauración ver FUSI, J. P.: *España. La evolución de la identidad nacional*, Madrid, Temas de Hoy, 2000, pp. 189-196.

⁵⁴ Ha insistido en este vínculo con los programas del conjunto del pensamiento y la creación estética ALONSO, C.: *La canción lírica española en el siglo XIX*, Madrid, ICCMU, 1997, pp. 403 y ss.

⁵⁵ Véase la síntesis que ofrece GÓMEZ AMAT, C.: *Historia de la música española 5. Siglo XIX*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, pp. 295-304.

⁵⁶ Las citas proceden de un discurso leído en abril de 1892 ante la Academia de Bellas Artes de San Fernando, reproducido en PEÑA Y GOÑI, A.: *España desde la ópera a la zarzuela*, Madrid, Alianza Editorial, 1967, pp. 242 y 244.

⁵⁷ SALAÜN, S.: «La zarzuela finisecular o el consenso nacional», en GARCÍA, L. (ed.): *Ramos Carrion y la zarzuela*, Zamora, Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo», 1993; SALAÜN, S.: «Zarzuela e historia nacional», en COVO, J. (ed.): *Las representaciones del tiempo histórico*, Lille, Presses Universitaires de Lille, 1994, pp. 179-186; SALAÜN, S.: «En torno al casticismo... escénico. El panorama teatral hacia 1895», *Siglo XIX (Literatura Hispánica)*, Anejo. Monografías, 1 (1997), pp. 173-185.

el análisis de los libretos y de las puestas en escena nos permite indagar en la plasmación de unas representaciones culturales que los espectadores podían reconocer y decodificar sin problemas como parte de su comunidad imaginada y compartida. La selección de espacios regionalizados (Andalucía, «Levante» o Aragón sobre todo) o localmente muy específicos, como la importantísima zarzuela madrileña, permitía dibujar una geografía de la nación a través de la *patria chica*⁵⁸. Hay que tener en cuenta que el uso (y abuso) de estereotipos fuertemente regionalizados no limitaba, probablemente, la identificación del espectador. No tanto con la región específicamente representada, como es lógico, sino con la nación de la que la región actuaba como parte, específica pero identificable. En el caso de la zarzuela de temática madrileña, su función como capital difícilmente pudo hacer otra cosa que reforzar esta sensación. Además el tipismo, a través de una autoconsciente fijación de «lo popular», no hacía sino contribuir a la *autenticidad* de la zarzuela.

Además, la generalizada difusión geográfica (en ámbitos urbanos, ya sean grandes ciudades o pequeñas, pero también en núcleos rurales) y la proliferación de funciones, en cifras imposibles de calcular pero de miles de representaciones, tiene un difícil paralelismo (tal vez las fiestas de toros). Sin duda, la popularidad de las piezas perduraba más allá del ámbito de la representación teatral estricta, y las letras y músicas de las obras alcanzaron otras formas populares de reproducción (por ejemplo, a través de las bandas de música locales, como en el caso valenciano que las incluían habitualmente en sus repertorios)⁵⁹. Resulta imposible exagerar la importancia que tuvo el hecho de que progresivamente una gran parte de la población española pudo asistir a los mismos espectáculos de zarzuela. Merecería la pena poder indagar en la recepción y aceptación por parte del público de los valores y los imaginarios que la zarzuela puso a su alcance. ¿Acaso asistir a una representación no era una forma muy concreta de vivir y participar en una experiencia de *autenticidad* identitaria, a un tiempo popular y española? En todo caso, caben pocas dudas de que se trató de un espectáculo de masas que homogeneizaba al público español de cualquier procedencia a través del género *castizo* por antonomasia⁶⁰.

Por último, a partir del siglo XX, las nuevas tecnologías de masas actuaron de manera decisiva en la democratización del imaginario de la nación española. A los nuevos espectáculos y espacios de sociabilidad de masas (music halls, cafés cantantes, etc.), cuyos públicos iban a compartir mensajes estandarizados y nacionalizados⁶¹, se añadieron nuevas formas de difusión de la escritura o de la cultura

⁵⁸ Interesantes consideraciones sobre la dimensión regional de la zarzuela en VERSTEEG, M.: *De fusiladores y morcilleros. El discurso cómico del género chico*, Ámsterdam, Rodopi, 2000, especialmente pp. 361 y ss.

⁵⁹ Véase un importante estudio de caso, ASENSI SILVESTRE, E.: *Bandes i bàndols. Aproximació al fenomen musical lliurà (1822-1930)*, Valencia, Universitat de València, Trabajo de investigación, 2006.

⁶⁰ En realidad, buena parte de todo lo apuntado es aplicable al llamado género chico en su totalidad y no sólo a la zarzuela. Véase la síntesis que ofrece en su texto introductorio ROMERO FERRER, A. (ed.): *Antología del Género chico*, Madrid, Cátedra, 2005, pp. 9-73; asimismo, VERSTEEG, M.: *op. cit.* Otras manifestaciones teatrales finiseculares pudieron cumplir una función similar. Véase ESPÍN TEMPRADO, M. P.: *El teatro por horas en Madrid (1870-1910)*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1995.

⁶¹ SALAÜN, S.: *El cuplé (1900-1936)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1990.

visual: de la fotografía al cine, así como también se incorporó el mundo del deporte como nuevo espectáculo de masas⁶².

El caso del cine, en fin, es muy significativo, ya que la importancia de este medio de cara al futuro es difícil de minimizar. Un repaso a los títulos y preocupaciones de las producciones a lo largo de los primeros años sorprende por la insistencia y reiteración de películas sobre temas históricos españoles, así como la presencia de adaptaciones de piezas literarias españolas novelísticas o teatrales (y tanto históricas como contemporáneas) o zarzuelas y obras de resabios costumbristas y regionales⁶³. El cine español nació así ocupando un espacio de entretenimiento que derivaba de fórmulas ya exitosas entre otras manifestaciones de la cultura popular, a las que vino a reforzar.

Además, en torno al cine (como había sucedido antes con la literatura o las artes plásticas, de la pintura a la música) se desarrolló un intenso debate, al igual que había sucedido en toda Europa, sobre el establecimiento y en qué términos, de un cine auténticamente «nacional». Este cine español aprovechó temas y referentes de la cultura popular, pero también se vinculó a los debates intelectuales sobre la representación de la idea de España que, al menos desde treinta años antes, venían ocupando la esfera pública⁶⁴. El cine, por lo tanto, acabó por representar una última etapa en la definición de manifestaciones artísticas auténticamente nacionalizadas. A medio plazo, además, se convertiría en un poderosísimo medio de difusión de la representación, de la imaginación, de la identidad nacional, y sustituyendo así a otros medios en el ámbito de la cultura de masas.

Símbolos, memorias y escuelas

Se ha argumentado repetidamente que la prueba más clara de la debilidad del nacionalismo español o del fracaso del proceso nacionalizador en la España de los siglos XIX y XX habría sido el enfrentamiento por los modelos de Estado o la discusión acerca de los símbolos comunes. Pero esto, además de no constituir ninguna peculiaridad española⁶⁵, implica considerar la pluralidad de culturas políticas como factor fatalmente divisivo, cuando aquellas disputas en ningún momento pusieron en discusión el marco nacional español, la *nación española*.

En todo caso aún es poco lo que sabemos de la difusión real de muchos de estos símbolos (más allá de su adopción o rechazo desde ciertas posturas políticas)

⁶² FUENTES, J. F.: «El desarrollo de la cultura de masas en la España del siglo XX», en MORALES MOYA, A. (coord.): *Las claves de la España del siglo XX. La cultura*, Madrid, Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, 2001, pp. 287-305. Un trabajo muy interesante para el caso británico que analiza la reproducción de la nación a partir del deporte y el tiempo de ocio es el de WARD, P.: *Britishness since 1870*, Londres-Nueva York, Routledge, 2004, pp. 73-92.

⁶³ GARCÍA FERNÁNDEZ, E. C.: *El cine español entre 1896 y 1939*, Barcelona, Ariel, 2002; GONZÁLEZ LÓPEZ, P. y CASÁNOVAS BELCHI, J. T.: *Catálogo del cine español. Volumen 2. Películas de ficción (1921-1930)*, Madrid, Filmoteca Española, 1993.

⁶⁴ GARCÍA CARRIÓN, M.: *Sin cinematografía no hay nación. El drama de España en La Aldea Maldita de Florián Rey*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2007.

⁶⁵ Por ejemplo, véase el caso francés y las disputas entre las diversas culturas políticas en su idea de Francia, WINOCK, M.: *La France politique, XIX-XX siècles*, París, Seuil, 1999; LEBOVICS, H.: *True France. The Wars over Cultural Identity 1900-1945*, Ithaca-Londres, Cornell, 1992 y GILDEA, R.: *Children of the Revolution, The French, 1799-1914*, Londres, Penguin, 2008.

y de su grado de interiorización por parte de la población. Así, por ejemplo, tal vez la bandera rojigualda estaba mucho más presente en ciertos ámbitos, como la escuela, de lo que se ha supuesto habitualmente⁶⁶. Tal vez no sea meramente anecdótico que Pío Baroja en su novela de 1904 *La Busca*, al relatar unas escenas que tendrían lugar a finales de los años ochenta, refiera la batalla campal de dos bandas de muchachos de los extrarradios de Madrid, uno de los cuales lleva una bandera española. No menos cotidiana resulta la escena de una tómbola y una pista de baile en una verbera de verano adornada con gallardetes y banderas españolas⁶⁷.

En el mismo sentido, se ha invocado la ausencia de una auténtica política de la memoria impulsada por el Estado⁶⁸. Y ello a pesar de que, como contabilizó Carlos Reyero, sólo entre 1875 y 1900 fueron más de ciento diez los monumentos erigidos (y que, con toda probabilidad, podrían ser más)⁶⁹. Lo que se destaca, sin embargo, es la inexistencia de un monumento nacional, de unos altares de la patria o de una actividad escultórica basada en un repertorio de símbolos o mitos nacionales comunes. Sin embargo, ello nos induce, en mi opinión, a una errónea perspectiva comparada. En primer lugar, porque la controversia en torno a las interpretaciones, a los significados de los monumentos, al sentido de la memoria colectiva, es algo consustancial a los mismos⁷⁰. En segundo lugar, porque en el caso español, si bien el Estado central no siempre se encargó de esta tarea, no por ello dejaron de alzarse monumentos con claro sentido nacional. A partir de la importancia que la región tuvo en la construcción de la identidad española, se erigieron gran cantidad de obras inspiradas en símbolos regionalizados o en mitos locales vinculados al nacionalismo español⁷¹. Por cierto, este creciente predominio de la memoria local es algo que también se dio en el caso francés durante la Tercera República, aunque haya permanecido oculto hasta fechas recientes para la historiografía francesa⁷².

⁶⁶ POZO ANDRÉS, M.^a M. del: *Currículum e identidad nacional. Regeneracionismos, nacionalismos y escuela pública (1890-1939)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 184-190.

⁶⁷ BAROJA, P.: *La Busca*, Madrid, Alianza Editorial, 2006, pp. 80 y 135-136.

⁶⁸ O más en general, se ha hablado de los «desasosiegos de la memoria nacional española» en continua zozobra. Cfr. PÉREZ GARZÓN, J. S.: «De fracasos y modernizaciones en la historia: agitaciones de la memoria y zozobras identitarias», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 3 (2004), pp. 37-56.

⁶⁹ REYERO, C.: *La escultura conmemorativa en España. La edad de oro del monumento público, 1820-1914*, Madrid, Cátedra, 1999.

⁷⁰ CONFINO, A.: «Collective memory and cultural history: problems of method», *American Historical Review*, 102-5 (1997), pp. 1386-1403. Matt K. Matsuda ha reflexionado sobre la imposibilidad de establecer en el periodo de entresiglos una narrativa unificada de la memoria. Frente a ello, tendríamos una «constellation of memory places, a juxtaposition of detailed sites, each asking its own questions». Cfr. MATSUDA, M. K.: *The Memory of the modern*, Oxford, Oxford University Press, 1996, p. 206 y OLICK, J. K. (ed.): *States of memory*, Durham, Duke University Press, 2003.

⁷¹ PEIRÓ, I.: «La Historia, la política y la imagen crítica de la Restauración», en LACARRA, M.-C. y GIMÉNEZ, C. (coords.): *Historia y política a través de la escultura pública 1820-1920*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2003, pp. 7-39. Parece argumentar en sentido contrario, y a pesar de las propias informaciones que ofrece en su magnífico trabajo, MICHONNEAU, S.: *Barcelona: memòria i identitat. Monuments, commemoracions i mites*, Vic, Eumo, 2002.

⁷² GERSON, S.: *The Pride of Place. Local Memories and Political Culture in Nineteenth-Century France*, Ithaca, Cornell, 2003 y SIMPSON, M.: «Republicanizing the City: Radical Republicans in Toulouse, 1880-1890», *European History Quarterly*, 34-2 (2004), pp. 157-190. Este autor hace notar, por cierto, que la «estatuomanía» que M. Agulhon ha acuñado para referirse a Francia alude en 35 años a la construcción de 440 Mariannes, pero sobre un total de 36.000 gobiernos municipales.

¿Habría, en fin, que añadir en esta lista de carencias o fracasos también el de los nombres de calles y plazas? ¿Hubo ausencia de nombres comunes o propios que sirvieran como referentes de la nación? ¿Un exceso, tal vez, de referencias locales?⁷³.

En general, los mismos defectos se han apuntado a la hora de hablar de la celebración de conmemoraciones, ya fueran impulsadas por el Estado o por la sociedad civil⁷⁴. Y sin embargo es justamente al revés, ya que, como ha afirmado Javier Moreno Luzón, en la España posterior al 98 se asistió a una auténtica epidemia de «conmemoracionitis» o «centenariomanía»⁷⁵. Este autor ha ejemplificado (a propósito de las conmemoraciones en 1908 del centenario de la resistencia de Zaragoza durante la Guerra de la Independencia) que una concepción de la memoria nacional como ámbito de enfrentamiento y negociación no impide la «escenificación de la unanimidad comunitaria»⁷⁶. El caso aragonés no fue, sin embargo, un caso aislado, puesto que también en muchas regiones (Cataluña, Madrid o Valencia) se usaron los mitos y símbolos locales (del tambor del Bruc a «El Palleter») en el mismo sentido. De hecho, el volumen que alcanzaron las diversas conmemoraciones de la Guerra de la Independencia parece dejar pocas dudas sobre la fortaleza y extensión de este mito nacionalista⁷⁷. ¿Tiene sentido plantear que amplios sectores de la población no quedaron expuestos a estos discursos lanzados a la esfera pública? ¿Acaso las referencias de Pablo Iglesias antes citadas no son un reflejo de ello?

Llegados a este punto, merecería la pena reflexionar sobre una cuestión que desborda ampliamente el ámbito estrictamente español. Y es que, en realidad, es bastante poco lo que sabemos sobre la recepción por parte de los ciudadanos de muchos de los aspectos referidos⁷⁸. ¿Acaso no puede uno vivir durante años en una calle sin saber quién es la persona o acontecimiento a que le está dedicada? ¿Nos convierte ello en ciudadanos menos fieles a la nación? ¿Qué implicaciones tiene la pertenencia a una clase social a la hora de participar en las ceremonias de una conmemoración?⁷⁹. ¿No merece ser explorado cómo el género supone una

⁷³ Mi impresión es que no del todo, véanse dos ejemplos de ciudades valencianas, ejemplos modestos pero por ello mismo representativos, como son los de los municipios de Sueca y Castellón en la Restauración, en MARTÍ, M. y ARCHILÉS, F.: «La construcción de la nación española durante el siglo XIX: logros y límites de la asimilación en el caso valenciano», *Ayer*, 55 (1999), pp. 171-190. Y ARCHILÉS, F.: «Una nacionalización no tan débil...», *op. cit.*, pp. 283-312.

⁷⁴ Christian Demange, tras mostrar la fortaleza del mito del dos de mayo en la literatura y otras formas de representación, concluye que cabe atribuir a la debilidad de las elites sociopolíticas la ausencia de un impulso eficaz por parte de los poderes públicos. En mi opinión se minusvalora así el alcance que opciones no dependientes del Estado tuvieron. Además el autor parte de una comparación acrítica con el caso francés y asume una interpretación demasiado tópica del pasado español y sus carencias. DEMANGE, Ch.: *El dos de mayo. Mito y fiesta nacional (1808-1958)*, Madrid, Marcial Pons, 2004.

⁷⁵ MORENO LUZÓN, J.: «Memoria de la nación liberal: el primer centenario de las Cortes de Cádiz», *Ayer*, 52 (2004), p. 209.

⁷⁶ MORENO LUZÓN, J.: «Entre el progreso y la virgen del Pilar. La pugna por la memoria en el centenario de la guerra de la Independencia», *Historia y Política*, 12-2 (2004), pp. 41-78.

⁷⁷ Véanse los diversos trabajos recopilados en MICHONNEAU, S. et al.: *Sombras de mayo...*, *op. cit.*, y ÁLVAREZ BARRIENTOS, J. (ed.): *La guerra de la Independencia en la cultura española*, Madrid, Siglo XXI, 2008.

⁷⁸ BOZOS, S.: «National Symbols and Ordinary People's response: London and Athens, 1850-1914», *National Identities*, 6-1 (2004), pp. 25-41.

⁷⁹ Un magnífico ejemplo en TACKE, Ch.: «National Symbols in France and Germany in the Nineteenth Century», en HAUPT, H. G. et al. (eds.): *Regional and National identities in Europe in the XIXth and XXth centuries*, La Haya, Kluwer Law International, 1998, pp. 411-436.

manera diferente de experimentar el espacio público politizado? Habitualmente, muchos de los trabajos que se han realizado sobre la difusión de símbolos y conmemoraciones parten de una concepción bastante instrumental de la cultura y de los mecanismos de difusión. Se supone que ésta se impone desde arriba, de manera que los sujetos que la reciben son una especie de tábula rasa sobre la que se imprime y manipula. Pero la verdad es que la recepción de todos estos símbolos y mecanismos es mucho más compleja y diversa de lo que pensamos. ¿Cuál es la comprensión *correcta* que nos permite asegurar que la nacionalización es *real o fracasada*?

En mi opinión, y recogiendo las propuestas del nacionalismo banal de M. Billig ya aludidas (de forma que podamos ir planteando un análisis en la *everyday life*) deberíamos tratar de comprender los procedimientos más ordinarios y cotidianos en que se inscribe la política y lo que no es política en la reproducción de la nación. Más que analizar los símbolos, monumentos y conmemoraciones aisladamente, tal vez debamos entenderlos de manera interrelacionada, junto con otras prácticas culturales y sociales con las que se entreteje una trama de significados. La recepción y comprensión de los mismos, por lo tanto, dependerá de un complejo proceso de interacción, de interpretación y reinterpretación que sólo en análisis específicos podremos descifrar.

Esto mismo es lo que trataremos de argumentar en lo que resta del trabajo a propósito del ámbito de la enseñanza. No cabe duda de que es un lugar privilegiado, aunque se añade a menudo como un elemento más a la lista de carencias e insuficiencias en la construcción de la identidad nacional (y directamente vinculable a las debilidades del Estado, en concreto a las carencias en materia educativa) la cuestión de la ausencia de una política decidida y eficaz en la enseñanza de una disciplina tan decisiva como es la historia. En este sentido, el importante trabajo de Carolyn Boyd puede resultar paradigmático⁸⁰. De manera más matizada, también María del Mar del Pozo Andrés, en su decisivo estudio, parece decantarse por destacar las insuficiencias del modelo educativo español (y el peso que en él jugaron las divisiones ideológicas). Pero, al mismo tiempo, insiste en cómo el impulso regeneracionista convirtió la nación y la educación patriótica en una auténtica obsesión para los educadores y para la acción pública, a través de un impresionante repertorio de propuestas y materiales, con un lugar central dedicado a la enseñanza de la historia pero con otras muchas dimensiones dedicadas a formar el «espíritu nacional»⁸¹. No estaríamos, por tanto, ante ninguna ausencia de discurso netamente nacionalista (español) como fundamento de la acción pedagógica, antes al contrario. Ni tampoco, por cierto, ante un discurso nacionalista más o menos caracterizable como «cívico»; antes bien se trata de un discurso que, como iremos viendo a través de diversos elementos, era manifiestamente

⁸⁰ BOYD, C. P.: *Historia Patria: política, historia e identidad nacional en España, 1875-1975*, op. cit.

⁸¹ Cfr. POZO ANDRÉS, M.ª M. del: *Currículum e identidad nacional...*, op. cit., pp. 181 y ss. Una versión ampliada de sus argumentos en POZO ANDRÉS, M.ª M. del: «Los educadores ante el “problema de España”: reflexiones sobre su papel en la construcción de la identidad nacional», en SALAVERT, V. y SUÁREZ CORTINA, M. (eds.): *El regeneracionismo en España. Política, educación, ciencia y sociedad*, Valencia, PUV, 2007, pp. 125-164. No parecen desmentir estas interpretaciones las reflexiones que ofrece para el mismo periodo CAPITÁN DÍAZ, A.: *Republicanismo y educación en España (1873-1951)*, Madrid, Dykinson, 2002, pp. 139 y ss.

«cultural». Lo cual era exactamente lo que sucedía en este mismo momento en los diversos países europeos⁸².

Lo mismo sucede con otro supuesto acriticamente asumido que señala al peso del catolicismo y de la Iglesia como una de las causas de la debilidad de la identidad nacional española. El argumento desborda el ámbito de la educación, y tiñe buena parte de las grandes narrativas sobre la construcción nacional española contemporánea⁸³. En nuestra opinión, esto es abiertamente matizable, ya que parte de un supuesto (a mayor peso del catolicismo mayor prueba del fracaso del liberalismo español y por tanto del Estado) muy discutible. Además, se ha apuntado antes cómo durante la Restauración el auge del conflicto entre el clericalismo y el anticlericalismo no es ninguna prueba de ausencia de discursos nacionalistas (aunque en versiones rivales), sino lo contrario. Esta pugna fue uno de los motores de nacionalización más intensos, por paradójico que pueda parecer, pues siempre giró alrededor de una idea de indiscutible importancia (y por tanto motivo de pugna) entre versiones del pasado y el futuro del país.

En el ámbito escolar, como ha mostrado María del Mar del Pozo Andrés, los discursos y versiones impulsados por los gobiernos conservadores y con fuerte impronta católica de la escuela pública partían de un repertorio nacionalista bien sólido. Por otra parte, algunos recientes estudios de caso específicos, como el del País Vasco en la Restauración y hasta los años treinta, que ha estudiado Maitane Ostolaza, apuntan inequívocamente a que las escuelas regidas directamente por la Iglesia ejercieron una clara función nacionalizadora⁸⁴. Por supuesto que todo ello se insertaba en un modelo ideológico de lo que, de alguna forma, se ha dado en llamar el «nacionalcatolicismo» y por tanto con una muy característica concepción de la historia de España. Pero lógicamente, ello no supone en absoluto que su contenido fuera otra cosa que nacionalista ni menor en importancia que en otras escuelas públicas⁸⁵.

Para abordar el estudio del contenido nacionalista en la educación, los estudios se han solido centrar sobre todo en el análisis de los manuales de texto escolares. Ciertamente esta fuente no es la única para abordar el estudio del pensamiento y la práctica educativas, aunque sí uno de los elementos más interesantes⁸⁶. Con

⁸² La inadecuación de esta distinción entre un nacionalismo «cívico» frente a uno «cultural» o «étnico» cuenta ya con una voluminosa bibliografía. Para el ámbito concreto de la educación resulta claro que no es posible encontrar ningún modelo de discurso impolutamente cívico, como pone de manifiesto la comparación que arroja resultados tan similares entre el caso francés y el alemán (véase ALLEN HARVEY, D.: *Constructing Class and Nationality in Alsace 1830-1945*, Dekalb, Northern Illinois University Press, 2001) o el británico (véase HEATHORN, S.: *For Home, country and race: Constructing Gender, class, and Englishness in the Elementary School, 1880-1914*, Toronto, University of Toronto Press, 2000).

⁸³ Por ejemplo, en el trabajo de ÁLVAREZ JUNCO, J.: *Mater dolorosa...*, *op. cit.*

⁸⁴ Véase OSTOLAZA ESNAL, M.: «La nación española en el País Vasco, 1875-1931: el papel de la escuela», en CASTELLS, L.; CAJAL, A. y MOLINA, F. (eds.): *El País Vasco y España: Identidades, nacionalismos y estado (siglos XIX y XX)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2007, pp. 179 y ss.

⁸⁵ Un ejemplo son los diversos datos sobre las Escuelas Pías de Barcelona en 1900, en YETANO, A.: *La enseñanza religiosa en la España de la Restauración (1900-1920)*, Barcelona, Anthropos, 1988, pp. 333-338. Pero también podemos encontrarlos en otros ámbitos escolares, como las escuelas del modelo asturiano de paternalismo industrial, véase ÁLVAREZ FERNÁNDEZ, M.^a V.: *La escuela del paternalismo industrial asturiano (1880-1936)*, Gijón, Trea, 2006, pp. 135 y ss.

⁸⁶ Véanse las consideraciones al respecto que señala VALLS MONTES, R.: «La recepción de los manuales de historia en los centros escolares españoles (siglos XIX-XX): Aproximación desde una óptica valenciana», en GÓMEZ GARCÍA, M.^a N. y TRIGUEROS GORDILLO, G. (eds.): *Los manuales de texto en*

todo, será de gran importancia seguir avanzando en el conocimiento de lo que pudiera ayudar a perfilar el contexto de las prácticas docentes efectivas y de recepción por parte del alumnado (ya fuera mediante exámenes, informes, textos memorialísticos y, en caso de ser posible, fuentes de historia oral).

Un aspecto central del análisis de Carolyn Boyd es que, de manera tal vez un tanto paradójica, la autora concluye (precisamente mediante el análisis de los manuales y tras mostrar la amplitud de textos y programas existentes) que al no haber un modelo único, esta pluralidad es prueba del fracaso de la nacionalización así como de la ausencia de un proyecto nacional firme. Una vez más la diversidad de propuestas (y del origen de las mismas) es vista como prueba de debilidad. En primer lugar, ello supone dejar al margen el hecho de que en algunos momentos como la propia Restauración, la proliferación de textos escolares sobre historia de España alcanzó una enorme extensión, lo cual por sí mismo debería ser un indicio de la extraordinaria consideración con que se había revestido a esta área de la educación. En mi opinión, sin embargo, lo más destacable es precisamente esa proliferación temporal y geográfica de obras dedicadas a la enseñanza de la historia. ¿Acaso hay algo que nos haga sospechar que en los manuales de enseñanza de la historia para la escuela primaria o para la enseñanza secundaria producidos en las diversas áreas geográficas (y por esta razón) hay alguna merma del contenido nacionalista?⁸⁷ Sin duda, y dependiendo de la coyuntura y el autor, hallaremos diferencias ideológicas importantes, y por tanto énfasis o perspectivas en periodos y dimensiones variables. Pero ¿qué diferencias sustantivas hay de una concepción que hace de la nación española el centro de la narración entre textos producidos en Madrid (o Barcelona), respecto de Baleares o Castellón?⁸⁸

Convendría, por tanto, no exagerar los efectos de esta diversidad ya que, en su conjunto, la imagen de la nación ofrecida (y con ella, por cierto, del *carácter* de los españoles) resulta, desde la época isabelina, muy contundente. Pilar Maestro ha argumentado, en este sentido, que la imagen de la nación-pueblo se despliega en los manuales escolares (pero también en otras formas de escritura y difusión de la historia) como un hecho indudable, de orígenes remotos y que se traslada en el tiempo hasta el presente. Pero además, y más allá por tanto de las interpretaciones políticas rivales de la historia de España que pudieran estar en juego, resulta muy importante fijarse en que no sólo los contenidos, sino que los enunciados y el contexto de enunciación en las aulas construye y refuerza un marco de referencias implícitas que «compone los signos, siempre reconocidos, que van a fabricar sutilmente una idea de España elemental e indestructible en su simplicidad. La

la enseñanza secundaria (1812-1990), Sevilla, Kronos, 2000, pp. 163-188; una versión actualizada en VALLS MONTÈS, R.: «Características generales de la historiografía escolar española (desde una óptica valenciana): autores, manuales, y editoriales», en VALLS MONTÈS, R.: *Historiografía escolar española: Siglos XIX-XXI*, Madrid, UNED, 2007, pp. 71-104.

⁸⁷ Baso mis reflexiones en los datos que ofrecen GARCÍA PUCHOL, J.: *Los textos escolares de historia en la enseñanza española (1808-1900)*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1993; PEIRÓ, I.: «La difusión del libro de texto: autores y manuales de historia en los institutos del siglo XIX», *Didáctica de las ciencias experimentales y sociales*, 7 (1993), pp. 39-57; y VALLS MONTÈS, R.: *Historiografía escolar española: Siglos XIX-XXI*, op. cit.

⁸⁸ Véase en este sentido la investigación que está desarrollando David PARRA para el Instituto de Enseñanza Media de Castellón. Una primera aproximación en «Història i identitats: reflexions al voltant de l'ensenyament de la història a Castelló de la Plana», *Ribalta*, 13 (2008), pp. 23-33.

contundencia del uso de la palabra “España”, identificada con la no menos repetida “Patria”, con mayúscula, o expresiones tan inocentes como la también repetida “los españoles de entonces”, son totalmente eficaces⁸⁹. Así pues, los alumnos estarían interiorizando y naturalizando en cualquier caso la idea de la nación, de España, como sujeto (y objeto de estudio) de la historia, de *su* historia⁹⁰. O al menos (mientras no dispongamos de más trabajos específicos) podríamos apuntar la hipótesis de que estarían quedando expuestos a este tipo de lenguaje, esto es, a un discurso nacionalmente concebido. ¿Qué significado preciso encarnaría la idea de la nación para configurar sus propias experiencias identitarias? ¿Qué alcance tendrían variables como la clase, la procedencia territorial, urbana y rural, o la procedencia desde un medio confesional o anticlerical? ¿O el género? ¿Era igual el currículum para niños que para niñas? Hay algún ejemplo que muestra cómo en alguna ocasión el fomento de la religión o de habilidades domésticas reducía el tiempo dedicado a ciertas asignaturas, como la enseñanza de la historia de España⁹¹. Pero más en general, poco sabemos de cómo podían recibir las niñas un discurso histórico construido con una clara dimensión de género y masculinizado. ¿Reaccionarían igual ante los héroes y las hazañas bélicas? ¿Se identificarían, sin embargo, con una Agustina de Aragón?

Por otra parte, pero queda ya al margen de las posibilidades de este trabajo, cabe recordar que el aprendizaje de la historia de España pudo realizarse a través de otros mecanismos más allá del ámbito escolar institucional. Antes hemos apuntado cómo desde distintas culturas políticas (especialmente obreristas y republicanas) el interés por la historia española fue objeto de dedicación. Además, la lectura de la prensa (en contextos familiares o en ámbitos de sociabilidad como casinos o ateneos) es un factor importante a considerar. Asimismo la literatura, especialmente la novela, pudo jugar un papel similar, en folletín o en obra impresa, la novela histórica o los *Episodios Nacionales*. O tal vez el aprendizaje a través de las imágenes, ya fuera en pinturas históricas, ilustraciones en prensa o grabados, pudo resultar importante (y oscilando entre el espacio público y las paredes de la casa privada). Por otra parte, las conmemoraciones antes aludidas (y demás prácticas de fijación de la memoria colectiva) de determinados acontecimientos históricos son elementos importantes que no deberíamos desdeñar. Todo pudo reforzar, más allá de los muros de las aulas, el aprendizaje de la historia de la nación. Y lo haría, además, convirtiendo (el aprendizaje de) la identidad nacional en un conjunto de prácticas no institucionalizadas, voluntarias y muy concretas.

En parte por ello, además de la enseñanza de la historia, hay que considerar el peso y la presencia de otras disciplinas importantes como la enseñanza de la lengua y literatura «española», esto es, en lengua castellana, y la geografía (al menos

⁸⁹ Cfr. MAESTRO, P.: «La idea de España en la historiografía escolar del siglo XIX», en MORALES MOYA, A. y ESTEBAN DE VEGA, M. (eds.): *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español*, Madrid, Marcial Pons, 2005, pp. 141-194, cita en la página 161.

⁹⁰ Tal vez tendría sentido considerar la importancia del espacio escolar en la medida que podía actuar como contexto de recepción y de naturalización de la nación. La presencia de mapas, ilustraciones o retratos oficiales, además de la bandera, tal vez cumplieron una función no desdeñable en este sentido. Sobre la importancia del espacio escolar, véanse las reflexiones de VIÑAO FRAGO, A.: «L'espace et le temps scolaires comme objet d'histoire», *Histoire de l'éducation*, 79 (1998), pp. 89-108.

⁹¹ Véase ÁLVAREZ FERNÁNDEZ, M.^a V.: *op. cit.*, pp. 142 y ss. Otras diferencias las apunta para libros de lectura POZO ANDRÉS, M.^a M. del, *Currículum e identidad nacional...*, *op. cit.*, pp. 204-205.

en su contenido de geografía española), y tal vez la historia del arte, no menos nacionalizada en muchos de sus contenidos. En realidad, el impacto global de la enseñanza de la historia sólo puede tener sentido si se analiza conjuntamente con el resto de los currícula, ya que unas disciplinas y otras sirvieron, con toda probabilidad, para reforzar en los alumnos el referente nacional español.

En el caso de la enseñanza de la lengua española, cabría problematizar el hecho mismo de cómo se alcanzó y en qué términos la consideración de la lengua castellana como lengua nacional. Inevitablemente, ello incluye todo el juego de ideologías lingüísticas asociadas a un discurso explícitamente nacionalista que implica distinciones entre lenguas y dialectos, la superioridad «intrínseca» de la lengua nacional, y la confusión explícita de la dimensión política con la esfera comunicativa⁹². Un discurso nacionalista ampliamente desarrollado en el pensamiento filológico español en el periodo de la Restauración⁹³. Pero sobre todo, sería muy interesante indagar en cuál fue el posible impacto de la enseñanza de la lengua española en aquellas áreas donde la lengua materna era otra entre los jóvenes (o adultos, en ámbitos distintos a la escuela primaria reglada). Por supuesto, no se trata de argumentar desde ninguna posición esencialista lingüística o nacionalista alternativa. Antes bien, se trataría de saber cómo se vivió por parte de los sujetos la exposición a la enseñanza de esta lengua y cuál fue su actitud, ya fuera a través de la (por otra parte bien documentada) imposición, o de la voluntad más favorable de acceder a la lengua de cultura y prestigio social. En este sentido, no basta con constatar las cifras de «alfabetización», ni con el análisis sociolingüístico centrado en los datos de sustitución lingüística, por importante que sean unos y otros. En este sentido, resulta muy interesante la perspectiva que apunta para el caso italiano Adolfo Scotto, cuando señala que «e difficile immaginare oggi cosa fosse nella sua dimensione concreta, corporea, la scuola ottocentesca. È in relazione alla fatica di imparare a esprimersi in una lingua diversa da quella materna che va posto il problema dello Stato nazionale. Non astrattamente. Suoni, parole, strutture sintattiche, la grammatica. Un mondo tutt'altro che familiare»⁹⁴.

De manera inseparable con la enseñanza de la lengua nacional, se desplegó la enseñanza de la literatura en lengua española. La configuración del canon en los currícula seguramente resultaría muy reveladora de las evoluciones del modelo nacionalista en juego⁹⁵. En ocasiones, algún caso concreto acabó por convertirse en especialmente relevante. Fue el caso de la presencia del *Quijote* en el marco de

⁹² MORENO CABRERA, J. C.: *El nacionalismo lingüístico. Una ideología destructiva*, Barcelona, Península, 2008, especialmente pp. 61 y ss.

⁹³ En cierta forma, este pensamiento filológico vendría a culminar en la obra filológica (e histórica) de Ramón Menéndez Pidal. Sobre esta figura y sus antecedentes, véase PORTOLÉS, J.: *Medio siglo de filología española (1896-1952)*, Madrid, Cátedra, 1986. Específicamente sobre la naturaleza de su discurso nacionalista, GARCÍA INASTI, P.: *La España metafísica. Lectura crítica del pensamiento de Ramón Menéndez Pidal (1891-1936)*, Bilbao, Euskaltzaindia, 2004, pp. 313 y ss. Un contexto de más amplio alcance en DEL VALLE, J. y GABRIEL-STHEEMAN, L. (eds.): *The Battle over Spanish between 1800 and 2000: Language ideologies and Hispanic intellectuals*, Londres-Nueva York, Routledge, 2002.

⁹⁴ Cfr. SCOTTO DI LUZIO, A.: *La scuola degli italiani*, Bolonia, Il Mulino, 2007, p. 85.

⁹⁵ Una Real Orden de 1913 declaraba útil como texto para las escuelas primarias varios de los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós. ¿Sucedió así? ¿Se extendió esta práctica? Véase la información en VILLALAIN BENITO, J. L.: *Manuales escolares en España*. Tomo III. *Libros de texto autorizados y censurados (1874-1939)*, Madrid, UNED, 2002, pp. 290-291.

las conmemoraciones del tercer centenario de su publicación⁹⁶. La voluntad de convertir la obra en emblema de un «ideal común» fue uno de los motivos clave en su introducción en la escuela primaria⁹⁷. Se han señalado las reticencias y tal vez vacilaciones a la hora de su incorporación como libro de lectura para los escolares (entre otras cosas por su dificultad), pero todo parece apuntar a que su presencia (así, por ejemplo, mediante la edición de *Quijotes* escolares) fue muy notable. Según Jean-Louis Guereña, todas las culturas políticas españolas usaron el *Quijote* para nacionalizar a la población infantil⁹⁸. Sin duda, una obra tan compleja plantea muchas dudas respecto a la recepción efectiva que los alumnos pudieran hacer de ella⁹⁹. Pero en mi opinión, ello no debe alejarnos del hecho de que, fuera cual fuera el grado de entendimiento concreto de lo narrado, la obra pasó a convertirse en una pieza singular en el panorama de la literatura enseñada. Quedaba convertida en icono de la identidad nacional española, y ésa era su función específica en la Restauración. Leída o no, desde la escuela (así como desde otros ámbitos conmemorativos), pasó a ser el símbolo, para amplios sectores sociales, de la cultura nacional española.

Asimismo, como hemos señalado, otra asignatura de enorme trascendencia (y estrechamente unida a la enseñanza de la historia) es la de geografía. Además, conviene no olvidar la relación que durante la Restauración unió al pensamiento geográfico español con las propuestas regeneracionistas, teñidas de un discurso nacionalista muy característico¹⁰⁰. La presencia de la enseñanza de la geografía en la escuela (aunque en algunos casos ya en planes de estudio muy anteriores) en la Restauración estaba plenamente consolidada. De hecho, los años de la Restauración muestran una auténtica eclosión de obras para la enseñanza geográfica, ya fuera en la enseñanza primaria como en la secundaria¹⁰¹. De nuevo, hallamos una dispersión similar a la que se produce en los libros de historia, pero de nuevo no resulta posible extraer de ahí conclusiones que debiliten el contenido nacionalista de las obras. Por supuesto, la enseñanza de la geografía de España ocupaba un lugar destacado (según Catalina Albacete, un 23% del total de los contenidos de los manuales de geografía en el primer tercio del siglo XX), y con un objetivo indudable de ensalzar el conocimiento y el amor a la patria. Resulta interesante constatar que abundaba en los textos la representación regionalizada de España (ya fuera a través de regiones «naturales» como la más habitual de regiones históricas)¹⁰².

⁹⁶ STORM, E.: «El tercer centenario del *don Quijote* en 1905 y el nacionalismo español», *Hispania*, LVIII/3, 199 (1998), pp. 625-654.

⁹⁷ Véase POZO ANDRÉS, M.^a M. del, *Currículum e identidad nacional...*, op. cit., pp. 192-196.

⁹⁸ GUEREÑA, J.-L.: «¿Un icono nacional? La instrumentalización del *Quijote* en el espacio escolar en el primer tercio del siglo XX», *Bulletin Hispanique*, 110-1 (2008), pp. 145-190. También RUIZ BERRIO, J.: «Las lecturas del *Quijote* en la escuela», en CASTRO ALFÍN, D. (coord.): *Las lecturas de El Quijote. Sentidos e interpretaciones*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2007, pp. 103-152.

⁹⁹ Según una encuesta del año 1920, 398 alumnos de 924 escogieron el *Quijote* frente a otras obras. Tal vez no era la mayoría, pero era el libro más citado. Cfr. POZO ANDRÉS, M.^a M. del, *Currículum e identidad nacional...*, op. cit., p. 195.

¹⁰⁰ GÓMEZ MENDOZA, J. y ORTEGA CANTERO, N.: «Geografía y regeneracionismo en España (1875-1936)», *Sistema*, 77 (1987).

¹⁰¹ CAPEL, H.; SOLÉ, J. y URTEAGA, LL.: *El libro de Geografía en España, 1800-1939*, Madrid, CSIC, 1988, pp. 12 y ss. La presencia en los planes de estudio en pp. 28 y ss.

¹⁰² Véase la tesis doctoral de ALBACETE, C.: *La enseñanza de la Geografía en la escuela pública en España, 1900-1936*, Murcia, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Científico, 1993, pp. 209 y ss.

Aunque las regiones no tenían ningún reconocimiento en el ámbito político, desde el punto de vista de la geografía descriptiva se las consideraba una pieza decisiva para la comprensión global de la nación¹⁰³ y ayudaron, posiblemente, a la *traducción* local de la misma¹⁰⁴. Así sucede en algunos de los principales manuales (y de los más difundidos y reeditados) dedicados a la enseñanza de la geografía española en la educación primaria y secundaria. Por cierto que no parece fácil argumentar que esta presencia de la región fuera patrimonio de los sectores más conservadores, aparentemente más afines al énfasis en la patria chica, ya que esta concepción territorial de la nación tenía amplios fundamentos culturales e ideológicos entre sectores regeneracionistas y progresistas¹⁰⁵. Por otra parte, convendría referirse igualmente a los libros de lectura que complementaban las enseñanzas de historia y de geografía, y que se basaban en una descripción de la nación (y muy habitualmente a través de las regiones) en que geografía e historia se interrelacionaban estrechamente y que culminaron con el concurso sobre el libro de la patria justo a inicios de los años 20¹⁰⁶. Pero lo cierto es que, ya en años anteriores, se habían publicado (y con diversas reediciones) algunas de estas obras, no exentas de interés y calidad. Así, J. Llach Carreras, *A través de España*, en 1916 y J. Dalmau Carles, *España, mi patria*, en 1919.

Tal vez pueda servir de ilustración del tipo de recepción que la enseñanza de la geografía tenía desde el punto de vista de la configuración en los alumnos del imaginario de la nación un ejemplo de una visita escolar a una colonia que Federico Olóriz realizó en Granada hacia 1898, relatada en el Ateneo de Madrid. Los alumnos estaban precisamente reproduciendo en una plaza y con piedras el contorno de un mapa de España. Consta el autor que:

La Geografía entera de España andaba de boca en boca, un tanto corrompida á veces y con algún que otro error nada pequeño, pero siempre corregida en forma y fondo por alguno de aquellos Aristarcos en agraz, pues jamás perdonaban los errores

¹⁰³ NADAL, F.: «¿Qué España enseñaba la Geografía?», en CAPEL, H. et al.: *Ciencia para la burguesía*, Barcelona, EUB, 1983, pp. 277-300; CAPEL, H. et al.: *Geografía para todos. La geografía en la enseñanza española durante la segunda mitad del siglo XIX*, Barcelona, Los libros de la Frontera, 1985; GARCÍA ÁLVAREZ, J.: *Provincias, regiones y comunidades autónomas. La formación del mapa político de España*, Madrid, Senado, 2002, pp. 293-352.

¹⁰⁴ Esta traducción del ámbito local (y en interrelación con el regional) con el nacional aparece frecuentemente entre los temas propuestos para las memorias del magisterio valenciano en 1908-1909. Véase FERNÁNDEZ SORIA, J. M. y AGULLÓ, M.ª C.: *Los temas educativos en las memorias del magisterio valenciano (1908-1909) I. La educación moral y femenina*, Valencia, Universitat de València, 2002, pp. 219 y ss.

¹⁰⁵ He tratado de argumentar la centralidad de la región en una gran amplitud de campos científicos y culturales en absoluto conservadores en ARCHILÉS, F.: «Hacer región es hacer patria». La región en el imaginario de la nación española de la Restauración», *Ayer*, 64 (2006), pp. 121-147. Sin embargo, ha señalado esta vinculación más conservadora POZO ANDRÉS, M.ª M. del, *Curriculum e identidad nacional...*, op. cit., pp. 200 y ss.

¹⁰⁶ Véanse POZO PARDO, A. del: «El libro de la patria», un concurso escolar vacío, de matiz regeneracionista (1921-1923)», en RUIZ BERRIO, J. (ed.): *La educación en la España contemporánea. Cuestiones históricas*, Madrid, Sociedad Española de Pedagogía y Fundación Santa María, 1985, pp. 195-202; ALBACETE, C.: «La enseñanza de la geografía escolar a través de los libros de lecturas geográficas», en *El currículo: Historia de una mediación social y cultural*, Granada, ed. Osuna, 1996, pp. 231-239; BOYD, C. P.: «Madre España»: Libros de texto patrióticos y socialización política, 1900-1950», *Historia y Política*, 1 (1999), pp. 49-70.

ajenos que estuvieran al alcance de su propia ciencia. [Sucedió que] reprochaba uno de los mirones que las piedras representativas de Barcelona y Tarragona estaban entre sí más separadas que lo correspondiente á los puntos respectivos del modelo [...] cayeron en la cuenta de que si había de mantenerse la escala de amplificación [...], no era posible representar completas las islas Baleares por falta de terreno. El conflicto era grave y hubo diversidad de pareceres [...] llevaban trazas de prevalecer en la contienda y de segregar las islas Baleares del territorio nacional, cuando desde lo alto de un ribazo un político de catorce años intervino resueltamente en el debate con imperiosa autoridad: —hay que poner a las Baleares á todo trance, quepan o no quepan, como son parte de España, lo mismo que Granada o Madrid; y no importa que sean islas, porque también lo son La Habana y Manila, que están muy lejos, y todo el mundo sabe que pertenecen á España; y por eso, porque son nuestras están peleando en aquellas tierras mi hermano y otros muchos conocidos para que no se las lleven unos negros muy feos que por allí se crían; y no hay que hablar más sobre esto, porque está claro como el sol que donde están los españoles es de España¹⁰⁷.

Sin dejar de notar la evidente satisfacción de Federico Olóriz ante lo que ve y en un contexto tan complejo como el de la crisis de Cuba, estamos ante un ejemplo de cómo, a través de un juego, el mapa traspasa la frontera del aula y sirve como mecanismo de interiorización de la geografía nacional.

Coda

No cabe duda de que el repertorio de ejemplos que hemos propuesto no agota las posibilidades de análisis de la construcción de experiencias de identidad nacional en la España de la Restauración. El objetivo del presente trabajo ha sido plantear una hipótesis de trabajo sobre la manera como pudo ser vivida e interpretada la difusión de la identidad nacional española en un momento clave como es el que se aglutina en torno del cambio del siglo XIX. Para ello, se ha propuesto destacar la importancia de otros procesos que no son sólo los institucionalizados, en concreto, los dependientes del Estado. Es en este sentido en el que el análisis de las experiencias de la vida cotidiana y de la rutina diaria cobra su plena importancia. Pero además, incluso al abordar aspectos plenamente institucionalizados (como la escuela) hemos intentado plantear la necesidad de incidir en la recepción concreta de los discursos, como único procedimiento para intentar profundizar en la construcción de significados por parte de los sujetos.

Vivir la comunidad imaginada nunca ha sido, probablemente, un proceso plenamente autoconsciente ni cerrado, con un repertorio prefijado de recursos culturales de los que disponer. En un mundo de naciones como fue el del cambio de siglo, aprender la nación era forjarse como sujeto individual y social a la vez. Tal vez nunca lleguemos a descifrar por completo el significado de esas experiencias, pero podemos intentar trazar los marcos que las configuraron, volverlas más transparentes.

¹⁰⁷ Cfr. OLÓRIZ, F.: *Recuerdos de una visita a la colonia escolar fundada por D. Andrés Manjón*, Madrid, Imprenta de Hernando y Compañía, 1899, pp. 14-15. Por cierto que la discusión continuó respecto del Norte de África, que alguno de los chavales también reivindicaba para España.

